Gracias - Las personas
inscritas clasificaron los
Sres Guillermo Camacho, José
Joaquín Guerra y el Licenciado
Jorge Martínez C. Los ganadores
convencieron a afirmaciones que
han hecho -

Dijo el primero "Las palabras
perdón, paz de Cayce". Dijo
las palabras resistent es el título
de una hermosa pieza de
Paul Verlen

Dijo el segundo en un folleto
Lo bautizaron "Semina del
Padre Chinchurreyo". "Se
estará pensando Edisson en
la otra vida la invención
del teléfono?" No! Edison cuyo
nombre no se escribe con
dos eses está en esta vida
y él no inventó el teléfono
El inventor, Graham Bell, está
también todavía.

Dijo el General Martínez Ortiz
en "La reforma Gregoriana" que
Galileo sabía perfectamente la
ley de la gravedad mucho
antes que una fruta nos

Dr Luis E. Nieto Caballero
AFW3818 L.C. 13

ORIGENES ETNOGRAFICOS DE COLOMBIA

LAS GRANDES RAZAS SURAMERICANAS.
LOS CARIBES.—LOS CHIBCHAS.

ESTUDIO PRESENTADO
AL SEGUNDO CONGRESO CIENTIFICO PANAMERICANO
POR
CARLOS CUERVO MARQUEZ

1917

ORÍGENES ETNOGRÁFICOS DE COLOMBIA.

Estudio presentado ante el Segundo Congreso Científico Panamericano, Wáshington, E. U. de A., diciembre 27, 1915–enero 8, 1916.

Por CARLOS CUERVO MÁRQUEZ,
Presidente de la Academia de Historia de Colombia.

CAPITULO I.

LAS GRANDES RAZAS SURAMERICANAS.

La oscura sombra de los siglos cubre la historia primitiva de la América con impenetrable velo, que probablemente la ciencia jamás podrá levantar.

¿Cúal es el origen del hombre americano? Hé aquí un problema que desde las primeras épocas del descubrimiento del Nuevo Mundo ha venido interesando vivamente a los hombres de ciencia y a los pensadores en general. Centenares de volúmenes se han escrito sobre el asunto; hipótesis más o menos ingeniosas, sistemas tan eruditos como variados y contradictorios, no han pasado de hipótesis y de sistemas que no se pueden comprobar. Faltan los principales elementos para la reconstrucción de las primitivas sociedades.

Concretándonos a la América meridional, parte del continente en que está situada la República de Colombia, en la vasta extensión de su territorio era desconocido el sistema de la escritura, pues no pueden considerarse como tal ni los quipos peruanos, ni los petroglifos chibchas, ni las rocas grabadas de caribes o pampeanos, dado caso que dichos grabados y pinturas señalaran, como se cree generalmente el registro de acontecimientos o de hechos importantes en la vida de esos pueblos. Por consiguiente, no había literatura propiamente dicha, y los acontecimientos históricos, que sólo se trasmitían por el sistema oral, de generación en generación, no se conservaban sino por corto tiempo y eso con las adulteraciones y mutilaciones que le son consiguientes.

Prescindiendo de las civilizaciones incásicas y de los scyris, en el resto del Continente, o sea en su mayor parte, no se conocía la arquitectura, y sólo han quedado en muy reducido número vestigios aislados de misteriosa civilización de pueblos desconocidos, como los que en las costas de Esmeraldas y en el valle de San Agustín labraron gigantescas estatuas de piedra, únicas huellas que dejaron de su paso,[1] o los que en las montañas de Antioquia construyeron los edificios y las amplias calzadas que ya en olvidadas ruinas encontraron los conquistadores.[2]

En la conquista europea, en ese inmenso naufragio de la raza americana, se perdió la parte más interesante y más considerable de sus tradiciones y de su historia, de su industria y de sus artes.

Para intentar la reconstrucción de los antiguos pueblos americanos apenas se cuenta con los siguientes elementos:

I. Los objetos que se han conservado en antiguas tumbas o sepulcros.

II. Las relaciones de los cronistas y de los conquistadores, en que refieren costumbres, usos y tradiciones de los pueblos americanos, siempre incompletas,

---

[1] Véase Carlos Cuervo Márquez, Prehistoria y Viajes, San Agustín.

[2] Colección de documentos inéditos, A. B. Cuervo, tomo II, pájina 407.

algunas veces adulteradas, tanto por el espíritu de la época como por el orgullo egoísta de todo conquistador, que lo lleva a mirar como cosas de poco menos todo lo que se relaciona con el pueblo conquistado.

III. Los restos de estos pueblos, ya sean los que sometidos llevan una vida civilizada y se han incorporado a las nuevas nacionalidades que surgieron de la conquista, ya sea los que en tribus errantes llevan una vida independiente en los bosques o en las desiertas pampas; aun cuando el estudio de unos y otros, sobre todo los primeros, que han perdido todo recuerdo y hasta el idioma de sus antepasados, da muy poca luz sobre el asunto.

IV. Los vestigios filológicos, conservados en millares de nombres geográficos en toda la extensión del Continente, vestigios de indiscutible importancia, porque "la filología es la única ciencia que puede entrar en lo hondo de las tinieblas de las antiguas edades, y enseñarnos cómo se enlazan las diferentes razas." [1]

Estos son los elementos directos, escasos y deficientes, por cierto, con que se cuenta para el estudio de los obscuros problemas relacionados con los primitivos habitantes de la América Meridional.

Se ha conservado la tradición de que los incas y los caras llegaron por mar, en muy remota época, al Perú y al Ecuador, respectivamente, navegando los primeros de Occidente a Oriente, y los segundos viniendo del Noroeste. Pero cuando estos grupos civilizadores llegaron a las costas americanas, ya esas vastas comarcas estaban ocupadas por densas poblaciones medianamente organizadas, cuyos orígenes se pierden en el horizonte de los tiempos, pero que por su carácter, por su índole y por su organización pueden reducirse a tres grandes grupos, cuyos lineamientos generales están regularmente definidos de acuerdo con las condiciones topográficas del Continente, y son las siguientes:

I. Los pampeanos o paras.

II. Los caribes.

III. Los andinos.

Según parece estos dos grupos últimos son derivaciones del primero, más o menos acentuadas por la acción de los siglos y por la diferencia del medio en que se desarrollan.

Las pampeanos o paras.—Ocuparon toda la región oriental desde los confines meridionales del Continente hasta las costas del mar de las Antillas, y se extendieron en las pampas y en las selvas que se dilatan desde la base de la Cordillera de los Andes hasta las playas del Océano Atlántico. Sus tribus diseminadas en este inmenso territorio estaban constituídas en sociedades rudimentarias y muchas de ellas subsisten todavía en ese mismo estado.

Luciano Adams, von den Steimen, y otros viajeros y etnógrafos que han recorrido esas regiones reconocen la existencia de este importante grupo. El primero le da el nombre de maypure, por el de una de sus tribus que vive en el Orinoco central. El segundo lo llama aravac o aruaco, denominación usada por muchas tribus de regiones distintas entre sí. No hemos aceptado estos nombres, que pertenecen a partes del conjunto, y hemos preferido el de pampeanos, concordante con el del gran piso cuaternario de la América Oriental, en el cual alcanzó su desarrollo; o el de para, vocablo característico diseminado en la inmensa región que ocuparon los pampeanos.

Probablemente en esta familia se encuentran los más genuinos representantes del primitivo hombre suramericano, que, contemporáneo de los equídeos de las pampas, debió hacer su aparición en esas mismas regiones y cuya descendencia al extenderse en el Continente dió origen, en el curso de los tiempos y de

[1] Duruy, Histoire des Grecs, tomo I.

acuerdo con los nuevos medios que encontró a los grupos etnográficos de la época histórica. Al ascender las cordilleras en las altas mesas del Perú y de Bolivia, formó la raza andina y produjo la singular civilización que le fué peculiar, más o menos impulsada por la influencia de civilizaciones extranjeras venidas seguramente de la China o del Japón. En las selvas del Brasil y en la región amazónica conservó mejor su carácter primitivo por vivir en un medio menos apto para la cultura y que la aislaba de todo contacto con otras razas y con otras civilizaciones. Más al norte, en las pampas abiertas del Orinoco, en las costas del mar y en las islas del archipiélago antillano, dió origen al grupo caribe, que más emprendedor y con mayor poder de expansión, debía más tarde desempeñar un papel importantísimo en la historia de la América del Sur, y ocupar todas las tierras bajas que demoran al Norte de la línea equinoccial.

La primitiva zona de dispersión de los pampeanos se reconoce fácilmente por la voz *para*, que significa agua, río o lluvia; en uno de los dialectos del Perú, en la Provincia de Trujillo, tiene esta última acepción . Este vocablo se encuentra en centenares de nombres geográficos diseminados desde el Paraguay y el río de la Plata hasta La Goajira y el mar de las Antillas.

En la región septentrional se encuentra a veces conbinada con voces netamente caribes, como *para boa*, en el Vichada; *para ima* y *paraguay poa*, en la Goajira; baranoa en Bolivar y baracoa en Cuba, en las cuales la P se ha cambiado en B, como sucedió con el nombre del Brasil, que primitivamente era Parasil, por la mutación tan fácil y natural de estas dos consonantes.

La presencia de unos mismos nombres en toda la zona oriental de la América del Sur, desde el Paraguay hasta las Antillas, y en los valles andinos ocupados por los Caribes que de allí vinieron indica la estrecha relación que existe entre pampeanos y caribes. Por ejemplo:

Paraguay poa en La Goajira; *Paraguay* en el Sur.

Cayabo, pueblo y sitio de los Colimas; *Cuyabo*, afluente del Paraguay.

Guaira, en la costa de Venezuela; *Guaira*, en el Paraguay.

Haiti, isla caribe de las Antillas; *Haiti*, pueblo del Paraguay.

Iqueima, cacique de los panches; *Queima*, río del Paraguay.

Paria, golfo de Venezuela; *Paria*, ciudad y lago de Bolivia.

Palagua, sitio de los colimas; *Paragua*, río del Brasil.

Itaibe, río de Tierradentro, de los paeces; *Itabe*, pueblo del Paraguay.

Parana, nombre indígena del Orinoco; *Paraná*, gran río afluente del Plata.

Ese parentesco está corroborado por la existencia de grupos llamados aruhacos o arvacos que en La Goajira, en Casanare y en la Guayana viven mezclados con las tribus caribes; los cuales al tiempo del descubrimiento vivían también en las Antillas junto con los caribes, en algunas de cuyas tribus ls mujeres no hablaban sino la lengua aruhaca, muy distinta del idioma caribe que usaban los hombres.

En Colombia la raza pampeana no alcanzó gran desarrollo. Si ocupó las llanuras orientales, La Goajira y parte de las costas de Santa Marta, fué desde remotos tiempos reemplazada por la caribe. Algunas tribus, sin embargo, vagan aún en estado primitivo en las selvas de algunos afluentes del Orinoco y del Amazonas. Tales son los bamias, los yaruros, los mirañas, los orejones, etc. Los aruhacos de La Goajira y del Valle de Upar pertenecen al mismo grupo. De suerte que la influencia de esta raza ha sido nula o poco menos, como elemento demográfico de Colombia.

La familia andina, que se desarrolló en toda la extensión de la cordillera de los Andes y cuyo núcleo principal y más remoto origen estuvo en las altas

mesas del lago de Titicaca. De su seno surgieron las naciones más cultas, más adelantadas y mejor organizadas de la América del Sur: El Imperio de Tihuantisuyo o de los incas, en el Perú; los cañaris, purhuaes, etc., en el Ecuador; los chibchas, los quimbayas, y los zenúes, en Colombia.

En épocas muy remotas debió de recibir esta raza la influencia de antiguas civilizaciones asiáticas, cuyos vestigios se encuentran en toda la región occidental del Continente, y con mayor frecuencia la de los nahuas y mayas de la América Central, cuyas colonías se habían extendido por el sur hasta Veraguas y Chiriquí. La navegación del Pacífico era conocida y practicada tanto por estos pueblos como por los del Perú desde una época muy anterior a la llegada de los españoles, y ellos mantenían entre sí relaciones comerciales que probablemente fueron más activas y frecuentes antes de que los caribes hubieran ocupado las costas del Darién y del Chocó. Cerca de Túmaco hay un sitio llamado Usmal, que es el mismo nombre de la misteriosa ciudad de Centro América cuyas grandiosas ruinas son la admiración de los viajeros. Quizás ese sitio fué escala comercial de la ciudad cuyo nombre lleva. Túmaco, nombre del hermoso puerto vecino a nuestra frontera con el Ecuador, era también el nombre de un cacique del Darién del Sur, que fué el primero que dió a Balboa vagas noticias del Perú y de las ricas tierras que demoran al sur costa abajo, en donde la gente andaba vestida y tenía animales de carga. Las estatuas de piedra de Manta y Portoviejo en el Ecuador, según las describen las crónicas de la conquista, y las del valle de San Agustín tienen extraña semejanza con las encontradas en la isla de Momotombo en Nicaragua, como labradas por artífices de la misma raza e inspiradas por una misma civilización.

Por lo que respecta a Colombia, la familia andina formó tres grupos: Uno, el de los chibchas y guanes, en la cordillera oriental; otro en la central, cuyos representantes al tiempo de la conquista eran los quimbayas en el norte del Cauca, los catios en Antioquia y los zenúes en Bolívar, que en épocas anteriores debieron formar un todo continuo que fué roto y destrozado por las invasiones caribes que también amenazaban destruir la unidad del grupo oriental. Pero no parece que hubiera existido continuidad entre los grupos andinos de una y otra cordillera; y el tercero, el de los pastos, en el extremo meridional de la República, cuyas poblaciones ocupaban y ocupan aún las altas mesas de Pasto y de Túquerres, desde Almaguer y Bolívar hasta la frontera ecuatoriana; poblaciones densas, de origen quilla, que aisladas en sus altiplanicies vivían miserables y atrasadas hasta que con las conquistas de Tupac-Yupanqui y Huayna-Capac alcanzaron a recibir la influencia, débil por cierto, de la civilización incásica.

Los taironas de la Sierra Nevada de Santa Marta.—El General D. Ernesto Restrepo Tirado, en su erudito estudio publicado con el nombre de Las Invasiones Caribes Antes de la Conquista Española (Boletín de Historia y Antigüedades, año 1, número 5), reúne los andinos colombianos que quedan mencionados, con los taironas de Santa Marta y los chiriquíes y comagres de Panamá, en un solo grupo que él llama de los tairos. Pero los guahimíes, los chiriquíes y otras tribus similares de Panamá no pueden relacionarse sino con los nahuas y mayas de la América Central.

En cuanto a los taironas, según se deduce de lo que dicen de ellos las crónicas de la conquista, tampoco tenían afinidad alguna con los pueblos andinos; más bien parece ser el resultado de una fusión de caribes con alguna nación del grupo pampeano o *para*, que ocupaba ese territorio cuando principió la inmigración caribe. Cerca de los taironas, vecinos de ellos vivían tribus que tenían el nombre de caribes, y unos y otros lucharon juntos, con igual valor, con la misma energía de la raza, contra los conquistadores; y no hay ejemplo de que

caribes y andinos se hubieran aliado para resistir la conquista; lejos de eso, los andinos siempre se aliaron con los europeos para combatir los caribes, a quienes consideraban como a sus mayores y más crueles enemigos.

Además, ni en el idioma chibcha ni en los vestigios que quedan de los otros idiomas andinos, se encuentra la raíz del nombre tairona, que más bien parece venir de idiomas pampeanos. Con efecto, en guarani o tupi, taira significa hijo;[1] y está en la índole de estos pueblos dar a sus tribus nombres relativos de ascendencia y descendencia. En la misma obra citada[2] encontramos lo siguiente: "Etimológicamente hablando, este nombre tupi, es el nombre nacional y unos se decían tupinambas o varoniles, llamándose otros tamayos o abuelos, y sus descendientes temiminos o nietos."

Siendo esto así, nada tendría de extraño que una tribu pampeana tupi, como a sí misma se llama la raza en cuyo idioma taira quiere decir hijo, tomara esta palabra para formar con ella su nombre. Debe recordarse que en el Valle de Upar, cerca de la Sierra Nevada y vecinas de los taironas vivía una tribu importante que se llamaba tupi; y que un de las tribus de la nación tairona tenía la singular costumbre de deformarse el lóbulo de las orejas agrandándolo hasta dejarlo "del tamaño de un platillo de los nuestros," como dice el Padre Simón; por lo cual los españoles los llamaban orejones; costumbre idéntica a la de la tribu pampeana del Putumayo y del Brasil, que se conoce con el mismo nombre, y ya hemos visto la estrecha relación que existe entre los caribes y los pampeanos, a los cuales parecen pertenecer los guaraníes o tupis. Además, de los pocos nombres de los taironas que han llegado hasta nosotros hay muchos cuyo origen caribe no puede ponerse en duda, tales son: buritaca, macotama, betoma, maomas, etc.

Por todas estas razones lamentamos no poder aceptar la clasificación presentada por el Señor General Restrepo Tirado, ni en el nombre del grupo ni en los elementos que lo componen; esto sin negar la posibilidad de que pueblos andinos hubieran ocupado alguna vez parte de la hoya inferior del río Cesar.

Los caribes, últimos ocupantes del territorio al cual llegaron por emigraciones sucesivas, efectuadas de Norte a Sur y de Oriente a Occidente, de los cuales nos ocuparemos en capítulo separado.

Los negroides.—Varios hechos aislados, pero concordantes permiten suponer que antes de la formación y desarrollo de los tres grandes grupos etnográficos de que acabamos de tratar—pampeanos, andinos y caribes—gran parte de la América estuvo ocupada por una raza inferior de tipo negroide.

Los conquistadores encontraron dispersas en toda la extensión del Nuevo Mundo pequeñas tribus que desde el primer momento fueron consideradas como pertenecientes a la raza negra; tales fueron por ejemplo los otomies de México; los caracoles de Haití; los argaos de Cutara; los aravos del Orinoco; los porcejis y los matayas de Brasil; los manabíes de Quito; los chuanás del Darién y muchos otros que sería largo enumerar.

Vasco Núñez de Balboa en la expedición que llevó a cabo para descubrir el Mar del Sur, encontró con gran sorpresa, al decir de Gomara, que los cuarecas de Panamá poseían esclavos negros, los cuales obtenían de tierras lejanas según dijeron.[3]

Los negros figuran con frecuencia en las más remotas tradiciones de algunos pueblos americanos. Ciertas tribus del Darién decían que cuando por primera vez llegaron sus antepasados a esa región, estaba ocupada por hombres pequeños y negros, que luego se retiraron a los bosques, en donde algunos viven aún al

---

[1] Ruí Montoya, Arte de la lengua guaraní, preludio, página I.
[2] Introducción al vocabulario, pájina V.
[3] Gomara, Historia General de Indias, Parte I.

decir del Cacique Nañaquina.[1] Los payas[2] y los tapalisas, otra tribu de los cunacunas hacen remontar el origen de su nación a un hombre y a dos mujeres, una india y otra negra, que vivían a orillas del Tatarcuna.[3]

A esta raza deben referirse los antiguos esqueletos de estructura muy distinta de los de la raza roja americana, que en varios puntos del Continente se han encontrado desde Bolivia hasta México. Dignos de atención a este respecto, son los dos cráneos de exagerado prognatismo, de frente rebajada, de apófisis muy desarrolladas y de fuertes arcos supercilares que en las montañas de Sumapaz, muy arriba del puente natural de Icononzo, encontró el ilustrado Profesor Doctor Don Juan de Dios Carrasquilla.

Entre las misteriosas estatuas de piedra de San Agustín, en el extremo meridional del valle del Magdalena, hay dos con las facciones características del tipo negroide; ambas son de apariencia antiquísimas y están representadas con singulares atributos: el hombre sostiene con las manos un gran pescado, y la mujer una culebra que se enrrolla sobre los pechos. Estas extrañas figuras, sin duda, no representan el tipo de los antiguos pobladores de San Agustín, sino que son reminiscencias de época muy anterior; representan mitos remotos conservados al través de los tiempos por su carácter religioso.[4]

No son estas las únicas esculturas americanas que reproducen las facciones del tipo negroide; igual cosa se ve en los antiguas esculturas mexicanas de época anterior a la de los otomíes, tales como la gran cabeza diorítica de Huayepán y el hacha gigantesca de Veracruz, cuya cabeza presenta gran semejanza con la de la figura de mujer de la mencionada estatua de San Agustín; ambas tienen facciones idénticas, son de un mismo estilo y como obedeciendo a un mismo modelo; el de la raza negroide autóctona cuyos restos dispersos encontraron los conquistadores, sobre la cual se formó posteriormente la llamada roja o americana.

Probablemente nuevos hechos y nuevos descubrimientos vendrán a confirmar la suposición de que la primitiva población americana fué de raza negroide, por ahora y por lo que hace a la índole y al próposito de nuestra obra, nos limitaremos al estudio de las razas o grupos etnográficos que existían en el territorio de Colombia en la época de la conquista, y cuya influencia sobre el posterior desarrollo de la población colombiana ha sido de mayor o menor trascendencia, pero siempre efectivo, como sucede con los caribes y con los andinos. En cuanto a los pampeanos o paras, su acción quedó reducida a limitadas regiones de las desiertas llanuras orientales, y quizás en época muy remota a una parte reducida de la vertiente del Atlántico.

Capítulo II.—Los Caribes.

Primera Parte—I. Caracteres generales.

La mayor parte del territorio de Colombia—los costas, las extensas hoyas de los ríos caudalosos, los valles interandinos—estaba ocupada por numerosas tribus pertenecientes a la raza caribe, las cuales, aunque presentando entre sí grandes diferencias, tenían caracteres y rasgos generales que les eran comunes. Valientes y aguerridos, tenían una organización militar propia de pueblos guerreros y conquistadores; eran antropófagos y

[1] F. J. Vergara y Velasco, Nueva Geografía de Colombia, Tomo I, página 878.

[2] Este es el mismo nombre de un sitio de la cordillera entre Sogamoso y el Llano, en donde se libró un celebre combate en la guerra de Independencia.

[3] Ernesto Restrepo Firado, Un viaje al Darién.

[4] Carlos Cuervo Márquez, Prehistoria y Viajes, San Agustín, páginas 137 y 138.

no conocían la piedad; en los combates que libraban, si conservaban los prisioneros era con el objeto de engordarlos y de tener por mayor tiempo fresca la carne humana, que era una de sus mayores delicias. Como objeto de ornato y motivo de orgullo, algunas tribus exhibían en las palizadas que rodeaban sus habitaciones los cráneos de sus enemigos, y otras conservaban los pellejos, llenos de ceniza colgados en las paredes interiores de sus templos; envenenaban las púas que ocultaban en los caminos y las flechas que usaban en los combates, siendo todos hábiles en extremo en la preparación de estos venenos tan activos como sutiles. Entre sus armas les era característica la pica de más de veinticinco palmos de longitud, que manejaban con sin igual destreza. Todas o casi todas tenían la extraña costumbre de deformar el cráneo de los recién nacidos, achatándolo hacia atrás para dar a los guerreros ese aspecto de ferocidad que causaba terror a las naciones con las cuales guerreaban y que era considerado como el rasgo distintivo de su valor. En los grandes ríos y en el mar eran navegantes audaces y expertos, y sus hordas, que no reconocían obstáculo en sus conquistas, se habían adueñado de la mayor parte del territorio; en todas partes conservaban sus rasgos característicos, y cuando sobrevino la conquista amenazaban destruir los núcleos que en Colombia quedaban de lo que podemos llamar la raza andina, raza más culta, de costumbres más suaves, pero que no podía resistir el vigoroso embate de esas tribus enérgicas y feroces, cuyas emigraciones continuas se sucedían unas a otras como las olas de un mar embravecido.

Se ha considerado, y con razón, que estas numerosas naciones pertenecían a la gran raza caribe, raza interesantísima por sus raras condiciones, por sus grandes energías y por el gran papel que en los siglos anteriores a la conquista le tocó desempeñar en una vasta extensión del Continente americano, debido a su extraordinario poder de expansión. La altivez y el valor personal y un desmedido amor a la libertad, que eran los rasgos prominentes de carácter, hicieron que siempre rechazaran con éxito el yugo de servidumbre que les querían imponer los europeos; y así en las Antillas o en Venezuela, en Antioquia, en el Tolima o en el Cauca, cuando llegaban a ser vencidos por los conquistadores y no tenían ya a donde emigrar en busca de la libertad, preferían darse la muerte antes que someterse a la esclavitud. El orgullo europeo, despechado por no poder reducir, ni por perfidia ni por las armas, a esta altiva y orgullosa raza, vengaba su impotencia pintándola con los más negros colores, como sumida en el último grado de abyección y de salvajez, haciendo resaltar sus defectos y sus vicios pero guardando silencio respecto de sus virtudes y de sus grandes cualidades.

Con efecto, a los pueblos caribes, además de la antropofagía, no se les puede condenar sino sus ritos sanguinarios y su crueldad para con los prisioneros; pero éstos eran vicios comunes a todos los pueblos americanos, aun a los más cultos como los aztecas, o de costumbres más suaves y de carácter más dulce, como los chibchas; recuérdese si no el rito sangriento del moja o la ceremonia para la construcción de los templos, en la cual los maderos que servían de columnas se enterraban aplastanado los cuerpos vivos de doncellas escogidas. Además de que todos los pueblos de la tierra, sin excepción alguna, han tenido en las primeras épocas de su desarrollo ritos y ceremonias sanguinarios y crueles.

Pero en cambio era una raza valiente, intrépida, inteligente y ambiciosa. Su organización política estaba sólidamente constituída y en élla se consagraban el poder aristocrático y la influencia sacerdotal, el respeto a los principios y a la religión, el obedecimiento a las leyes y la adhesión a las antiguas costumbres. Habituados desde niños a los ejercicios guerreros y al manejo de las armas,

eran ágiles y vigorosos, y constituían una raza fuerte y sana, en la cual un caso de deformidad era verdaderamente excepcional.

Según el testimonio de los misioneros franceses de las Antillas, y según se desprende de las crónicas de los conquistadores de Tierrafirme, la perfidia, la mentira y otros vicios les eran desconocidos antes de la llegada de los españoles.

Las relaciones de la Conquista abundan en rasgos de heroísmo y de abnegación ejecutados por individuos de esta raza, en la cual los afectos de familia estaban intensamente desarrollados. La Gaetana vengando en Añasco la muerte de su hijo y promoviendo el formidable alzamiento de paeces, apiramas, yalcones y pijaos, es la imagen del amor materno, desesperado, loco, llevado hasta lo trágico. Y el adolescente Metaqui pidiendo para él la muerte que se iba a dar a su madre, presenta uno de los más bellos ejemplos de amor filial.

Intrépidos marinos en el Océano, montañeses atrevidos en las cordilleras, dominadores de los grandes ríos, a donde quiera que les guía su espíritu emprendedor y de conquista, a través de los mares, en las ásperas montañas o en los profundos y extensos valles, llevan consigo sus cualidades y sus defectos y en todas partes se les reconoce al primer golpe de vista. La misma deformación del cráneo de los varones, el uso de sutiles venenos, la misma táctica militar, los mismos cerrados escuadrones de los cuales decían los españoles que parecían "soldados tudescos o que hubieran hecho las guerras de Flandes"; y en todas partes la misma altivez individual, el mismo orgullo de raza.

II. SUS APTITUDES DE PROGRESO.

Desde luego que—como Taine lo hace notar en la introducción a su Historia de la literatura inglesa—no debe esperarse que todas las agrupaciones pertenecientes a la misma raza se desarrollen simultáneamente y adquieran el mismo grado de cultura. Infinidad de causas influyen en la diferenciación de los distintos grupos, entre los cuales señaló el célebre escritor francés lo que él llamó el medio y el momento, como las principales que desvían o modifican los caracteres secundarios o superficiales, que estimulan o contienen el desarrollo, pero que no pueden alterar el fondo mismo del carácter etnográfico, la esencia o el espíritu de la raza, el cual se reconoce al través de las más variadas circunstancias, de los más diferentes grados de cultura, ya sea en la prosperidad o en la desgracia, en el estado de civilización o de salvajez, en la nación rica y poderosa o en la tribu miserable.

Toda raza avasallada cuyos grupos emigrantes se desprenden en épocas de cultura distintas, o sea en distintos momentos; que a su paso encuentran regiones de condiciones muy diferentes, presenta extraordinaria variedad en su desarrollo y en su cultura. Las agrupaciones que encuentran territorios ricos, climas suaves, en una palabra, condiciones de bienestar favorables para su progreso, de las cuales han disfrutado muchos siglos, tienen necesariamente que parecer muy distintas de aquellas otras a las que han tocado en suerte terrenos pobres, climas mortíferos o luchar en sus emigraciones con una naturaleza tan poderosa como indomable.

De igual manera, un grupo fijado de tiempo atrás en un territorio favorable tiene que parecer muy distinto de otro a quien la observación científica sorprende en el período de su éxodo, o del que está recientemente fijado en regiones cuya naturaleza no ha tenido aún tiempo para dominar.

Este era precisamente el estado en que se encontraba la mayor parte de las tribus caribes de Colombia al tiempo de la conquista. Algunas como los paeces

y al parecer los muzos estaban en el período de emigración. Las demás, con pocas excepciones, hacía poco tiempo relativamente que habían llegado al territorio en que las encontró la Conquista, y unas y otras habían tenido que recorrer regiones inmensas, de climas mortíferos y ásperas montañas, cubiertas de selvas exhuberantes. Carecían, pues, del principal elemento para el desarrollo de su cultura. No habían tenido tiempo para ello. Por consiguiente, no puede juzgarse por el estado social de estas tribus al tiempo de la Conquista, de la aptitud o capacidad de la raza para su progreso o mejoramiento; así como no podría juzgarse de la cultura y civilización española por el estado miserable y lastimoso del conquistador Alvarado y de sus compañeros, cuando en su desastrosa peregrinación al través de las selvas ecuatoriales llegaron a Quito como ejército de espectros.

Otras tribus parecían haberse fijado al terreno de una manera ya definitiva y haberlo ocupado por varias generaciones; tal, por ejemplo, la de los panches, de quienes los cronistas dicen que no ambicionaban nuevos territorios, y que se distinguían por su organización política y social, por sus costumbres que, aunque viciadas por la antropofagia, eran, sin duda, menos bárbaras que las de otras naciones de la misma raza, y sobre todo por las numerosas poblaciones que existían en su territorio, algunas de las cuales eran de relativa importancia; se encontraban, pues, en los principios de su desarrollo nacional. Mientras que en Haití, en donde por muchas generaciones y en el curso de varios siglos, habían disfrutado de circunstancias favorables, los descubridores encontraron estados florecientes, en los cuales reinaba positivo bienestar. Allí, la familia caribe no tenía, como en otras partes, la guerra por oficio y por única preocupación; las gentes ya pensaban en lo cómodo y en lo bello; las poblaciones eran grandes, las habitaciones cómodas y rodeadas de jardines, comunicaban con el mar por medio de avenidas con plantas y con flores cultivadas con esmero. En estas mismas ventajosas condiciones se encontraban muchas tribus de la costa de Tierrafirme. Los noánamaes, por ejemplo, cultivaban hermosos jardines que sorprendieron agradablemente a los primeros descubridores.

El Padre Dutertre y los demás misioneros franceses de las Antillas están de acuerdo en afirmar que los caribes, a la llegada de los europeos eran "el pueblo más dichoso, el más laborioso, el más feliz, el menos vicioso y el más sociable de las naciones del mundo."[1] Digno de anotarse es el hecho que refieren los cronistas de que en una de las fortalezas que los indomables pijaos tenían en la Cordillera Central, encontraron los españoles un reloj de sol, lo cual indica un adelanto relativo en esas tribus, que eran consideradas como de las más salvajes que ocupaban el interior del territorio colombiano.

La asimilación de la cultura de razas más civilizadas, no fué extraña a los caribes. Las tribus de esta nación, que en Panamá o en Centro-América estuvieron en contacto con los nahuas, tomaron de éstos parte de su adelantada civilización. Así vemos a los que llegaron al Ecuador con el nombre de caras, fundar un reino bien organizado y floreciente, el de los scyris, contra el cual se estrellaron por repetidas veces los ejércitos de los incas conquistadores. Huayna Capac, para incorporar a Quito definitivamente a su Imperio, tuvo que apelar, como político sagaz, al recurso de las alianzas de sangre, casándose con la hija heredera del último de los scyris. En esa resistencia tenaz, lo mismo que en la que más tarde se hizo a los españoles por los generales de origen cara, se reconoce la parte de sangre caribe que todavía bullía en las venas de ese pueblo.[2]

---

[1] Dutertre, Historia general de las Antillas.

[2] Los únicos Generales scyris que resistieron a Tupac Yupanqui y a Huayna Capac, fueron Epiclachima y Calicuchima, nombres de indudable origen caribe, sobre todo el último.

Tenía pues esta importante raza aptitudes y capacidades de cultura y de progreso para juzgar de las cuales no se debe considerar únicamente las agrupaciones que, por una u otra de las causas apuntadas estaban en decadencia o habían permanecido estacionarios; así como no se podría juzgar de la capacidad civilizadora de la raza arya, por ejemplo, por el estado actual de una de las muchas tribus que en el centro del Asia llevan hoy todavía una existencia miserable y semibárbara, como llevaron siglos atrás, pero ya dentro del período histórico, los pueblos genitores de las naciones hoy más ricas, más poderosas y más cultas de la tierra.

III. EL NOMBRE CARIBE.

Aun cuando cada una de las tribus o nacionalidades pertenecientes a esta raza llevaba un nombre especial, probablemente el núcleo principal o sea el tronco de donde se desprendieron las distintas ramas, era el que poseía el nombre genérico de caribe o caraibe, con el cual se designa hoy a toda esta gran familia etnográfica.

Este nombre se encuentra citado por primera vez en las relaciones de viajes de Colón y de los primeros descubridores, como propio de los habitantes de Haití y de las pequeñas Antillas, y también lo poseían algunas tribus de Tierrafirme, entre ellas una de la Sierra de Santa Marta, vecina de los taironas, llamados caraibes.

Los caracteres especiales de estas tribus hicieron desde el principio tal impresión en el ánimo de los conquistadores y descubridores, que el nombre de caribe se popularizó bien pronto hasta el punto de dársele al mar de las Antillas, desde los primeros tiempos del descubrimiento, el significativo nombre de Mar de los Caribes.

El indomable valor, la energía y el tesón con que defendían su libertal y su independencia; la desesperada guerra a muerte con que trataron de resistir la invasión europea, cuando se convencieron que los europeos se presentaban como conquistadores a despojarlos de sus propiedades, arrancarlos de sus hogares y reducirlos a la más dura esclavitud; la ferocidad con que en sus represalias respondieron a la crueldad implacable y a la inaudita perfidia de los europeos, hicieron que muy pronto el nombre caribe fuera sinónimo de valiente, de sanguinario y de cruel, y que los individuos de esta raza fueran considerados como bestias feroces, cuya destrucción era permitida y cuya esclavitud era descretada.

¿Cual es el origen de este nombre que tanta resonancia ha tenido en la historia del Nuevo Mundo?

Como veremos después, el padre Laffiteau, el Abate Brasseur de Bourbourg y otros autores han querido relacionar el nombre caribe con el de los antiguos caryos del Asia.

El Padre Gregorio García en su Origen de los indios[1] dice que "Caribe es corrupción de cariphe, como batallador, pues careb en fenicio significa batalla."

Dejando a un lado estas hipótesis sobre el origen asiático del nombre, las cuales solo mencionamos como curiosidad, lo cierto es, como lo afirma el sabio americanista cubano Sr. Bachiller y Morales,[2] que en la lengua caribe la raíz car, cara, significa, alto, excelente; y cari equivale a hombre, pero a hombre de esta raza, o sea a hombre noble o varón por excelencia.

En lo general, las razas superiores se han dado nombres laudatorios. Los aryas quiere decir los nobles, los ilustres; los slavos, los gloriosos; y según la

[1] Página 235.
[2] Cuba Primitiva, segunda sección vocabulario.

anterior etimología, los caribes serían los nobles, los excelentes; lo cual atestigua el orgullo de esa raza y la conciencia que tenían de su moralidad y de su valor.

La raíz car o cara la conservaban la mayor parte de las tribus caribes al través de las generaciones y de las vicisitudes de las más largas peregrinaciones, de los más penosos éxodos; y cuando después de largos años de marcha se fijan en una región, la imponen en el nombre que dan a los sitios y a los pueblos, como recuerdo de la lejana patria.

El nombre de caras fué el que llevaron al Ecuador las tribus que conquistaron a los quitus, y a la bahía donde primero desembarcaron en esas regiones dieron el nombre de caraques, idéntico al de varios puntos de la costa de Venezuela.

En el idioma caribe, como en todos los demás que no se han fijado por medio de la escritura, es muy frecuente el empleo de unas consonantes por otras, sobre todo en tratándose de dialectos diferentes o de uno mismo hablado por tribus o parcialidades distintas. Esta variabilidad es muy explicable en tratándose de consonantes afines, como sucede en el caribe, en donde, con frecuencia, se cambia la C en G, la R en L, etc. Así, por ejemplo, algunas tribus caribes se dan el nombre de galibis, y con este nombre es generalmente designada la lengua de los caribes del Brasil. La raíz car, cara, se convierte con frecuencia en cal, cala, como en calamari, calandaima, calamoima, calima, etc., o en gara como en garagoa, nombres todos caribes del territorio colombiano.

En centenares de nombres geográficos, que aun subsisten en Colombia, en el Ecuador, y sobretodo en las Antillas y en Venezuela, se encuentra pura o más o menos adulterada la raíz del nombre caribe; huella imperecedera, que de su paso al través de los mares, a lo largo de los ríos, en las desiertas pampas o en las arrugadas y altas cordilleras dejó esta raza altiva e indomable.

IV. ORIGEN DE LOS CARIBES Y MEDIO EN QUE SE FORMÓ SU CARÁCTER.

Muy diversas opiniones se han emitido respecto del orígen de los pueblos de raza caribe. Algunos autores los hacen venir de los países situados al norte de México, mientras que otros los creen originarios de las montañas del interior del Brasil; pero la mayor parte están de acuerdo en considerarlos como naturales de las pequeñas Antillas o de la Guayana.

Colón, en su primer viaje, encontró en Haití y en las otras Antillas los primeros pueblos caribes en Estados perfectamente organizados y florecientes; y parece que los más expertos navegantes de la América tuvieron su cuna en estas islas, en donde desde la infancia se acostumbraban a desafiar intrépidos los peligros de la navegación y a oir sin temor el rugido de las olas. Desde allí sus tribus dieron principio a las continuas y penosas emigraciones al través de los mares y a lo largo de los grandes ríos, en las cuales se adueñaron casi por completo de gran parte de la América Meridional.

Remontando un poco más en la historia de los tiempos, algunos ilustrados americanistas como el Padre Laffiteau, primero [1], y el Abate Brasseur de Bourbourg, en seguida, han querido relacionar los caribes a los caryos, aquellos otros intrépidos navegantes del Antiguo Mundo. El segundo de estos autores dice así: "El nombre de los caras o carios, después que ellos desaparecieron, se conservó aplicado a un gran número de ciudades y de lugares en Asia Menor, en África y en la India; pero en ninguna parte se difundió tanto como en América, donde más de mil nombres de pueblos, de tribus, de ciudades y de algunos sitios tenían el afijo car, cal, gal, etc., en la época de Colón, y

[1] Mœurs des sauvages comparées aux mœurs des premiers temps. Paris, 1725, 2 v. in 4.

entre esos nombres se encuentran todos los que los caryos habían dejadó en Asia."[1]

Otros autores, desde los que primero comenzaron a ocuparse en los problemas relacionados con el origen de las poblaciones americanas, han creído que los caribes de las Antillas descienden de los restos de población que se salvaron del hundimiento y destrucción de la legendaria Atlántida.

Sea de ello lo que fuere, y sin detenernos en el estudio de estas hipótesis tan interesantes como difíciles de comprobar, lo que sí parece cierto es que aun cuando hubiera sido originaria del Brasil, fué en las Antillas y en las costas de ese mar en donde la raza caribe adquirió su desarrollo y formó definitivamente su carácter. Con efecto, el hecho primordial de esta raza, el de las continuas emigraciones que en el transcurso de muchos siglos se desprendían sucesivamente del núcleo principal, permite suponer que fué de este archipiélago de numerosas y pequeñas islas de donde el exceso de población, no pudiendo ensancharse en su propio territorio, se veía obligado a emigar a tierras lejanas, como lo hacía, invadiendo en todas direcciones el vecino continente.

Al contemplar el mapa de la América, llama sobre todo la atención la singular disposición de las Antillas, que de mayor a menor corren en delicada y graciosa curva desde el golfo de México hasta el delta del Orinoco, semejando las protuberancias vertebrales de la espina dorsal de inmenso sauriano adormecido entre las aguas con la cabeza entre Yucatán y La Florida, y las extremidades de la cola tocando en la costa de Paria.

La línea continua que forman estas islas, su naturaleza rocosa y su formación volcánica, han hecho suponer a los geólogos que señalan una cordillera cuyas cimas y partes más altas han quedado sobre el nivel de las aguas, mientras que el resto se ha hundido a causa de cataclismos violentos y sucesivos. Algunos autores las consideran como vestigios de la famosa Atlántida.

Todo el grupo hace parte de un sistema volcánico tan activo como formidable, relacionado con los de Venezuela y Centro-América, el cual se manifiesta con frecuentes temblores de tierra y en las pequeñas Antillas con terribles erupciones.

Consta el Archipiélago de más de 360 entre islas e islotes, separados unos de otros por canales más o menos anchos, pero de difícil navegación, especialmente en época de borrasca.

Situadas las Antillas en la zona tórrida, tienen un clima ardiente, que es malsano en el verano o estación seca; los rayos de un sol de fuego caldean la atmósfera durante el día; en el invierno o estación lluviosa caen permanentemente lluvias torrenciales, acompañadas frecuentemente de aquellos terribles huracanes llamados tornados, tan violentos como los tifones del mar de la India, que desbaratan los edificios, arrancan de raíz los árboles corpulentos y empujan tierra adentro las olas inmensas del mar enfurecido, llevando la ruina y la desolación a todas partes; en la tierra destruyendo poblaciones y plantíos, y en el mar haciendo naufragar los buques que por desgracia se encuentran a su paso.[2]

Este fué el medio en el cual se desarrolló la familia caribe. Su carácter se formó y se templó en las empresas y en los peligros de la guerra, en las aventuras marítimas y en la lucha con los elementos. Los combates constantes, los terremotos de sus islas, las erupciones de sus volcanes, las tormentas de sus mares y las conmociones atmosféricas de los tornados les infundieron la

[1] Brasseur de Bourbourg, Carta sobre México, número 15. Véase también Origen de los indios, por el R. P. Gregorio García, Madrid, 1729.

[2] Según el R. P. Antonio García, la palabra huracán, viene del caribe hurac con la cual se designaban los vientos fuertes y encontrados (Origen de los indios).

energía, el valor personal, el desprecio a la muerte y a los dolores y la altivez que fueron rasgos característicos de la raza.

V. PARALELO ENTRE NORMANDOS Y CARIBES.

Al estudiar los primitivos pueblos de la Europa septentrional: anglos, sajones, frisones, jutos, designados conjuntamente con el nombre de normandos, o sea hombres del Norte, y los caribes, primitivos habitantes de las Antillas, llaman la atención desde el primer momento las semejanzas en el carácter, en la organización social y en el modo de vivir de estas dos razas, tan desconocidas la una para la otra, tan separadas por la distancia y tan diferentes desde el punto de vista etnográfico.

Pero se comprenden estas semejanzas si se tiene en cuenta que unos y otros vivían en un medio semejante; ambos en archipiélagos de pequeñas islas, o en tierras cercanas separadas por numerosos canales; ambos sobre el mar; el mar era el elemento primordial de su vida, el que ejercía una influencia definitiva sobre su carácter. Marinos intrépidos y esforzados, en sus frágiles barcos de cuero o de corteza de árboles, se lanzaban como aves de rapiña al través de los canales, y después sobre el océano a sus empresas y aventuras guerreras. Cuando después de haber luchado con los elementos, de haber vencido en los combates, volvían a sus hogares cargadas sus embarcaciones con el botín de la guerra, en el cual los prisioneros figuraban en primer término la familia y la tribu se preparaban a festejar la victoria, principalmente con sacrificios humanos llevados a cabo en medio de bailes y de festines. Los niños que crecían viendo estas escenas de sangre y oyendo las proezas de sus padres, se hacían más crueles, más atrevidos y más valerosos, si ello era posible. Así se formaban estos reyes del mar.

"Suplicios y matanzas, anhelos de peligro, furor de destrucción, desencadenamiento de instintos carniceros son los rasgos que aparecen a cada paso en las antiguas Sagas."[1] Relaciones de esa misma naturaleza son las que se encuentran en todas las crónicas y en todas las relaciones referentes a los caribes. Siempre la afición por las emociones rudas y fuertes, porque las suaves y delicadas les eran desconocidas porque no les encontraban sabor.

El mar era su elemento, y si había tempestad, tanto mejor. Como los normandos, los caribes podían cantar: "El soplo de la tempestad empuja nuestros remos; ni el rayo ni el trueno llega a perjudicarnos; el huracán está a nuestro servicio y nos lleva a donde queremos ir."

Los siguientes conceptos de Taine, referentes a los sajones primitivos pueden aplicarse palabra por palabra a los caribes primitivos de las pequeñas Antillas: "Piratas primero; de todas las cacerías la cacería del hombre es la más provechosa y la más noble; dejaban el cuidado de la tierra a las mujeres y a los esclavos; navegar, combatir y pillar era para ellos el único oficio de un hombre libre. Se lanzaban al mar sobre sus barcos de dos velas, abordaban al azar para volver a comenzar más lejos, habiendo degollado en honor de sus dioses la décima parte de sus prisioneros y dejando trás sí el rojo fulgor del incendio. Señor, decía una letanía, libradnos del furor de los jutos.[2]

Las poblaciones americanas de otra raza y luego las españolas en los primeros siglos de la Conquista, exclamaban también: "Señor, libradnos del furor de los caribes."

Los caribes, como los primeros sajones, verdaderos reyes del mar, se ríen de los vientos y de las tempestades, y en unos y otros las permanentes luchas,

---

[1] Taine, Historia de la literatura inglesa.

[2] Taine, Historia de la literature inglesa, tomo I, página 8.

la presencia constante de la muerte y de las escenas de sangre les desarrollaban los instintos carniceros y el desprecio por la vida.

Pero las mismas condiciones de esta azarosa existencia desarrolla en ellos la dignidad del individuo y la conciencia de hombres libres. Debajo de la corteza de barbarie y de salvajismo se ven germinar nobles sentimientos, principalmente el del cumplimiento del deber, movimiento espontáneo que sólo obedece a impulsos internos. Al sajón que huye en el combate sus compañeros lo ahogan en el lodo. El caribe no concibe la cobardía. Un panche que no pudo asistir a la primera batalla que dió su nación a los españoles, cuando llegó a su campo y ve a los suyos destrozados y en derrota, vuela a alcanzar el ejército de Quesada y libra combate él solo contra los vencedores de la vispera, no para vencer, que no lo esperaba, sino para vengar la muerte de sus deudos y de sus amigos y la afrenta de su nación.

Como los antiguos sajones, los caribes vivían generalmente aislados; edificaban sus cabañas en el sitio que les parecía más a propósito y aun en las aldeas, como sucede todavía en los pueblos paeces de Tierradentra,[1] las casas no se tocaban. El indíviduo en todas las manifestaciones de su vida tenía necesidad de libertad y de independencia.

Cuando no estaban dominados por las duras pasiones que engendran las aventuras de la guerra, su carácter era grave y melancólico, y en ambas razas el sentimiento religioso, más que aparente y externo, era de sentido interior; se ha dicho que carecían de templos, porque sus templos estaban en la naturaleza. Sin embargo, tenían tan arraigadas sus ideas religiosas, que su conversión fué siempre difícil y a ambos se les tuvo como fanáticos y encarnizados enemigos del cristianismo. El Padre Dutertre confiesa que en el espacio de treinta y cinco años todos los misioneros reunidos de las Antillas no alcanzaron a convertir, y eso con infinitos trabajos, a más de veinte adultos.[2]

Si se tienen en cuenta las grandes semejanzas geográficas del medio en que primero vivieron estas dos grandes razas, sajones y caribes, se comprende fácilmente el porqué de las grandes analogías que presenta el carácter de esos atrevidos navegantes, ambos reyes del mar, los unos del Báltico y del mar del Norte y los otros del mar de las Antillas.

Más tarde los sajones, al ponerse en contacto con el moribundo Imperio Romano, fueron herederos de su refinamiento y de su cultura, la cual, modificándola de acuerdo con su carácter, se la asimilaron lentamente, pero de una manera sólida y segura; y el cristianismo, no sin grandes dificultades, logró al fin suavizar sus bárbaras costumbres.

Los caribes en sus emigraciones no tuvieron contacto sino con pueblos bárbaros, y cuando en la marcha de los acontecimientos históricos se encontraron con la civilización europea, el antagonismo de sentimientos y de intereses era tan inmenso que el choque fué violento; la guerra a muerte y el conflicto dieron por resultado natural no el vencimiento sino la desaparición total de esta altiva raza que prefirió la muerte a la esclavitud.[3]

En las pequeñas excursiones a las islas vecinas de sus archipiélagos, al través de los estrechos canales que las separan, sajones y caribes se familiarizaron con los peligros del mar y adquirieron el espíritu de aventura, que se convertió en seguida en espíritu de conquista. A las cortas

---

[1] Carlos Cuervo Márquez, Prehistoria y viajes, páginas 87 y 88.

[2] Dutertre, J. D., Histoire générale des Antilles.

[3] En relación con las analogías de carácter y de costumbres de sajones y caribes pueden verse los siguientes autores:

Para los germanos: Tácito De Moribus Germanorum, Beda, v, 10 Sidorio VIII, 6. Aug. Thiery, Hist. Sancti Edmundi, Pictorial History, etc.

Para los caribes: Fray Pedro Simón, Noticias Historiales. Iñigo Abad, Historia de Puerto Rico. Fray Gregorio Garcia, Origen de los Indios. Oviedo, Theodore de Bry, Historia de América.

excursiones siguieron las grandes empresas y las formidables invasiones que llevaron a los unos, a los sajones, a conquistar las islas donde más tarde sus descendientes han formado un grande imperio que al mismo tiempo es una nación modelo; y a los otros, los caribes, a adueñarse de una vasta extensión del Continente americano. En el mismo período histórico en los diez primeros siglos de la era cristiana, desempeñaron los caribes en el Nuevo Mundo un papel semejante al que a sajones y daneses les tocó desempeñar en el otro Continente.

Segunda Parte.

I. SEMEJANZAS DE IDIOMA ENTRE LAS ANTILLAS Y EL CONTINENTE.

Las observaciones filológicas confirman la creencia de que las tribus caribes del mar de las Antillas en sus invasiones llevaron hasta el centro del Continente no sólo el idioma propio de esas islas, puro o modificado en dialectos derivados del idioma primitivo, sino también muchos nombres de lugares y sitios de ese archipiélago, principalmente de Haití y de Puerto Rico.

Los intérpretes que los primeros conquistadores trajeron de la Española a los descubrimientos de Tierrafirme, se hacían entender fácilmente de las tribus caribes del litoral del Continente; y los que sacó de Santa Marta el Adelantado Jiménez de Quesada prestaron fácilmente su servicio durante todo el descubrimiento y exploración del bajo Magdalena, hasta que la expedición conquistadora tocó en los confines del reino chibcha. En el Epítome de la Conquista se dice claramente que cuando los conquistadores transmontaron las Sierras del Opón," " iban como ciegos por no saber la tierra en que estaban, y también porque lenguas con que entenderse con los indios ya no las había, porque la lengua del Río Grande ya no se hablaba en las sierras."[1] En esto están de acuerdo todos los cronistas e historiadores. Declaración importantísima que demuestra la comunidad de idioma en todo el Magdelena y en el litoral.

Entre los nombres caribes del Continente y los de las Antillas que se han conservado hasta nosotros, se encuentran grandes semejanzas y extrañas afinidades, que sólo se explican por la comunidad de origen. Señalaremos aunque, sea brevemente, algunas de las más importunates.

Caraibes o caribes, como ya hemos indicado, era el nombre nacional de los pobladores que en las Antillas encontraron los primeros descubridores, y con este mismo se llamaban varias tribus del Continente tanto de Venezuela como de Colombia, una de ellas en Santa Marta, vecina de los taironas; y como derivadas de este nombre, infinidad de voces del Continente, como caribes, caribabari en Venezuela, caricari en La Goajira, caribana en Urabá, etc.

Toa, en idioma caribe haitiano significa pechos, leche y también rana. Así se llamba un sitio de Puerto Rico. Con ese nombre se conocen unas islas de la ensenada de Calabozo. Es el nombre de un región al oriente de Pandi, sobre el río Sumapaz, Doa, por el cambio frecuente y natural de la T en D; y hasta entre los caras de Quito, Toa era el nombre de una princesa de la familia de los scyris. No debe olvidarse que en Haití, Toa, por su significación, era usado como nombre propio de mujer:

Avipana, cacique de Haití.	*Avipana* sitio de la Goajira.
Baracoa en Cuba.	*Baranoa* en Bolivar.
Coamo, río de Puerto Rico.	*Coamo*, río del Tolima.
Coron, cacique de Haití.	*Coron*, cacique de Bolivar.
Daguao, río de Puerto Rico.	*Dagua*, río del Chocó.
Guayama, río de Puerto Rico.	*Guayana*, región del Continente.

[1] Página 92.

Guarionex, cacique de Puerto Rico.
Guacana-Gari,[1] cacique de Haití.
Hocoa, río de Haití.

Jaragua, río de Haití.
Maragua, río de Haití.
Neiva, río de Haití.
Samana, golfo de Haití.

Guarinoes, tribu y río del Tolima.
Guacana, cacique de Tocaima, panches.
Ocoa, río de Villavicencio, afluente del Negro.
Jaraguay, río del Sinú.
Maragua, río de Panamá.
Neiva, río del sur del Tolima.
Samana, nombre de varios ríos del interior.

Los vocables *poa* o *boa*, que quiere decir lugar o sitio, y *coa*, que quiere decir fuerte, pertenecen al genuino idioma caribe de la Antillas, principalmente de Santo Domingo, y entran en la composición de un número considerable de nombres del Continente, tanto de Venezuela, como de Colombia y del Ecuador.

Tihui, en el caribe de las Antillas, significa montaña, voz que convertida en tigua se encuentra en nombres propios de varios puntos del Continente; asi se llama, entre otros, un promontorio de la costa de Tolú.

Las palabras en que entra como elemento final el diptongo *oa* pertenecen también al caribe antillano, tales son, entre otras: Omoa, en Veragua; Camoa, en San Martín; baranoa, simoa, chilloa, saloa, taroa, tacaloa, popoa, etc., a lo largo del bajo Magdalena.

Bastan estos ejemplos para demostrar el estrecho parentesco que unía a las tribus caribes del Continente con las que ocupaban el archipiélago de las Antillas, parentesco que desde los primeros tiempos de la Conquista había llamado la atención de los conquistadores. El Adelantado Pascual de Andagoya, en la relación de los sucesos de Tierrafirme que escribió en 1541, dice hablando de los indios de Santa Marta: "La gente de esta tierra son casi a la manera de los de la Dominica: son flecheros y de yerba."[2]

II. ANTIGÜEDAD DE LAS EMIGRACIONES.

Desde las costas de la Guayana y probablemente también de las Antillas la familia caribe principió a extenderse en todas direcciones: primero, a lo largo de la costa comprendida entre las bocas del Orinoco y el Darién; y más tarde, remontando el curso de los ríos que entran al mar en este extenso trayecto, sus tribus penetraron hasta el mismo corazón del Continente. De la región ístmica otras se lanzaron al través del Océano Pacífico y ocuparon casi todo el litoral de Colombia y gran parte del Ecuador.

También llegaron a la América Central y a la cuenca del golfo de México, y quizás algo más al Norte todavía; pero las grandes emigraciones se dirigieron al Sur principalmente.

Muy remota debió de ser la época en que la raza caribe dió principio a su poderoso movimiento de expansión, y por lo mismo muy difícil de calcular.

Se ha considerado "la inmigración de los caras al Ecuador como una poderosa invasión caribe que por su contacto con los nahuas aprendió la ciencia del gobierno y la organización política del Estado."[3]

Los caras llegaron por primera vez en grandes balsas navegando del Noroeste a la bahía de Caraques en las costas ecuatorianas, en los siglos VIII o IX de la era cristiana, según cómputo del Padre Velasco.[4] Desde allí se internaron en el país y dieron principio a la conquista del reino de los quitus; pero según

[1] Como se ha visto cari o gari, que indica alto, ilustre, puede tomarse como signo de nobleza o atributo de mando, en el nombre del cacique haitiano, el cual entonces quedaría idéntico al del cacique panche de Tocaima.

[2] A. B. Cuervo, Colección de documentos, inéditos, Tomo II, página 79.

[3] Gonzalez Suarez, Historia del Ecuador, texto del Atlas, página 47.

[4] Historia antigua del Reino de Quito, tomo II, página 4.

la autorizada opinión del Sr. Gonzalez Suarez, "probablemente los antiguos quitus eran caribes y pertenecían a la misma raza que pobló las Antillas mayores y menores y gran parte del Continente meridional americano."[1]

De todos modos, desde los más remotos tiempos las emigraciones caribes habían ocupado una gran parte del territorio ecuatoriano. Las tribus de este origen se reconocían por los caracteres generales de la raza, por su táctica militar, por el uso de armas envenenadas, por la deformación de los cráneos y por el idioma. En la comarca de Lactacunga hasta la Provincia de Riobamba, al sur, abundan las palabras caribes del puro y genuino idioma de las Antillas, principalmente de Santo Domingo.[2] Una de estas tribus del interior de Manabí, llevaba en tiempo de Huayna Capac el nombre de Colima, idéntico al de la nación caribe, que era vecina de los chibchas de Bogotá y ocupaba la rica región de La Palma; nombre que también es muy semejante al de varios sitios del Valle del Cauca y de la Cordillera Occidental de los Andes colombianos, como Calima, Jelima, etc.

No puede suponerse que estas tribus caribes que llegaron al Ecuador, se hubieran trasladado directamente de las Antillas, navegando primero en el Atlántico, cruzando en seguida el Istmo de Panamá y navegando después el Pacífico, en sus grandes balsas, hasta desembarcar en las costas ecuatorianas. El pueblo caribe, como los demás pueblos invasores, debía adelantar lentamente y hacer su éxodo por etapas más o menos duraderas. Las emigraciones van poco a poco; las invasiones de los pueblos jamás avanzan con la rapidez de los ejércitos conquistadores de las grandes naciones.

De los hechos anteriores, y prescindiendo de apreciar el tiempo que la tribu de los paeces, por ejemplo, tardó en remontar las 200 leguas del curso del río Magdalena, fuera del tiempo empleado en llegar a las costas de Colombia, se puede deducir que desde antes del siglo X las colonias de raza caribe, en estado ya floreciente, ocupaban las costas colombianas del Pacífico, en el Cauca o en Panamá. ¿Cuántos años haría que colonias de esa raza habían ocupado esas regiones? ¿Cuántos siglos, probablemente, haría que sus antecesores se habían desprendido del tronco principal, abandonando su patria, situada seguramente en Haití o en las costas de Venezuela? Ningún dato existe para dar respuesta satisfactoria a tan interesantes preguntas.

Sin duda alguna la familia caribe dió principio a sus emigraciones desde tiempos muy remotos, y este poderoso movimiento se continuó por varios siglos La invasión caribe avanzaba día por día, y sin la conquista española, que de manera tan brusca cortó el desarrollo de los pueblos americanos, esa raza se habría adueñado en el curso de los años de gran parte de la América del Sur.

Capítulo III.—*Las invasiones caribes en Colombia.*

Desde los más remotos tiempos, las hordas caribes se establecieron en todo el litoral del mar de las Antillas. Desde allí sus tribus y nacionalidades, impulsadas por las condiciones migratorias de su carácter, principiaron a internarse en el Continente, remontando el curso de los grandes ríos y de sus principales afluentes. Mientras que unas subiendo por el Orinoco, o internándose por el lago de Maracaíbo, ocupaban la Guayana y la parte oriental de Colombia; otras, en mayor número, subían por el Magdalena y ocupaban todas las tierras bajas, todos los valles ardientes o templados de la República, llegando hasta adueñarse de la misma Cordillera Central en toda su extensión; otras, por último, remontando el Atrato o cruzando por el istmo del Darién,

[1] Historia del Ecuador, Texto del Atlas, página 25.
[2] Obra citada, Texto del Atlas, página 44.

ocuparon toda la costa del Pacífico y las hoyas del San Juan, del Dagua y aun del mismo Patia.

Ni la raza pampeana de la región oriental, ni los pueblos de la raza andina que ocupaban el interior, pudieron resistir el empuje formidable y sostenido por varios siglos ,de la invasión caribe. De estos pueblos sobre todo los andinos, unos fueron totalmente destruídos o devorados por los invasores antropófagos; y otros como los Chibchas, cediendo el terreno, tuvieron que encastillarse en las altas mesas de la Cordillera Oriental. Solo en casos muy excepcionales, llegaron a fundirse estas dos razas, al parecer antagónicas. En Antioquia, el nucleo andino fué roto y destrozado, de tal modo que al tiempo de la conquista española sólo quedaban de él restos dispersos en pequeñas tribus que estaban constantemente amenazadas por los caribes. De suerte que la mayor parte del territorio cólombiano vino a quedar ocupado por las tribus de esta raza enérgica y vigorosa, que surgió en el Archipiélago de las Antillas y se desarrolló en los combates y entre los ciclones y las tempestades del mar que lleva su nombre.

Las huellas de su remoto y lejano orígen se encuentran esparcidas en toda esta parte del Continente, en los nombres de sus tribus y en los que daban a los ríos, a los montes, y en general a los sitios en que fijaban su transitoria residencia o que por cualquier causa llamba su atención. Esos nombres señalan no solamente el prodigioso éxodo de esta raza, sino también el estrecho parentezco que une a pueblos y a tribus que desprendidos de un mismo centro marcharon en líneas divergentes para ocupar más tarde regiones tan distintas como apartadas.

Según estos vestigios filológicos, las tribus caribes pueden distribuirse en grupos definidos, y aunque hoy están totalmente destruídas en su mayor parte, mediante ellos pueden reconocerse los territorios que ocupaban y la vía que recorrieron.

De estos elementos, hay algunos que con extraña persistencia se hallan dispersos en los nombres de lugares de Colombia y de Venezuela, tales son los siguientes:

Cara, cari, o *cala, cal,* como raíz del nombre nacional, según se dijo antes.

Ima, voz frecuentísima en todo el vasto territorio que ocupaban los caribes, desde las bocas del Orinoco hasta los origenes del Magdalena, y cuyo significado, poco conocido, parece ser el de señorio, o relacionarse con el desempeño de algún cargo elevado. El historiador Plaza dice que ima era el nombre que se daba a los sacerdotes. El Padre Simón habla de que los imas se reunían en consejo para señalar la línea de conducta que, en los casos graves debía seguir la tribu.

Oa, diptongo que, como elemento se encuentra en un gran número de palabras, como en toa, doa, nombre propio de mujer, que significa leche o pechos y también rana. Poa, o boa, que equivale a sitio o lugar; y coa, que quiere decir fuente. Estas tres derivaciones parecen indicar un mismo grupo.

Paes, pais o pies, que quiere decir habitantes.

Estos elementos, puros o más o menos modificados, combinados entre sí o con otras voces de indudable orígen caribe, se encuentran esparcidos y mezclados en todo el litoral, desde la embocadura del Orinoco hasta el istmo de Panamá, y solo en el interior es donde forman grupos más o menos compactos y extensos; lo cual proviene de que los primeros invasores pertenecían a los distintos grupos que vinieron a diferenciarse más tarde en su marcha sobre el Continente, o, lo que es más probable, de que las invasiones no fueron simultáneas sino sucesivas, de manera que cada grupo, en su marcha hacia el inferior dejó en el litoral la huella de su paso.

Este último procedimiento parece el más natural y ser el que está más de acuerdo, no solamente con lo que enseña la historia respecto de toda grande emigración, sino también con las escasas tradiciones que acerca del poderoso movimiento caribe han llegado hasta nosotros; de ellas aparece que la invasón se efectuó en una doble corriente; una desprendida de las Antillas, principalmente de Haíti y de Puerto-Rico, y la otra, quizás más poderosa, de las costas venezolanas. El Padre Simón, hablando de las tribus que ocupaban el territorio comprendido entre Cartagena y las bocas del río Magdalena, dice que "todos los indios de estas provincias se llaman con un nombre común, *los mocanaes*, y que todos se originaban de los que habían venido a poblar allí en canoas, la costa abajo desde Maracapana y Caracas."[1] Los urabaes, de raza caribe, se consideraban a su turno como originarios de la otra orilla del río grande de la Magdalena.[2]

Estas tradiciones señalan el rumbo que trajo la invasión caribe por oleadas sucesivas, cuyas hordas, empujándose las unas a las otras, fueron extendiéndose por todas las tierras del interior.

Es de suponerse que la emigración de los mocanaes y de los urabaes no fué un hecho aislado; seguramente muchas otras tribus debieron haberlas precedido; y cuando ellas tuvieron lugar, el litoral comprendido entre las costas de Caracas y las de Cartagena debía estar ya ocupado por otras tribus, que a su turno desalojaron a las que primero habían llegado, rechazándolas hacia el interior o por la costa abajo hacia Panamá.

Así se explican las sorprendentes analogías y semejanzas que existen entre los nombres de lugares de las regiones caribes del interior de Colombia, de las Guayanas y de todo Venezuela. Aquí, como allá, se encuentran los mismos grupos filológicos o fonéticos que hemos señalado y que demuestran el estrecho parentezco que une a los pueblos caribes de esas dos regiones tan diferentes y tan distantes entre sí.

Anotaremos aquí, como la más importante, las afinidades que existen entre las diferentes parcialidades del numeroso grupo de los imas, que en Colombia ocupaba casi exclusivamente la extensa hoya del alto Magdalena y de sus afluentes, y que no era menos importante en la Guayana y en todo el centro de Venezuela.

Ya hemos visto que los mocanaes venidos de las costas de Caracas, se habían establecido en todo el litoral de Cartagena y de Santa Marta; y entre los nombres de esta región y del alto Magdalena hay una semejanza tan grande que es preciso concluir que las tribus caribes del interior de Colombia y las de Venezuela tenían un origen común. Como ejemplo de lo dicho pueden citarse los nombres siguientes:

EN EL LITORAL.	EN EL ALTO MAGDALENA.
Tocama, pueblo de los mocanaes.	*Tocaima*, pueblo de los panches.
Duhoa, cacique de los mocanaes.	*Duhos*, tribu de los natagaimas.
Cambayo, pueblo de los mahates.	*Cambais*, nación de Timaná.
Malambo, pueblo y cacique del bajo Magdalena.	*Matambo*, cerro de Natagaima.
Gaira, tribu de Santa Marta.	*Gaira*, capitán de los cambais de Timaná.
Guaríes, nación caribe del Sinú.	*Gualíes*, nación del norte del Tolima.
Guali, cerro de Sierra María, en Bolívar.	*Guali*, río y tribu del Tolima.

[1] Tomo IV, pág. 119.

[2] El mismo autor, tomo 3, pág. 60.

EN EL LITORAL.	EN EL ALTO MAGDALENA.
Guarinea, pueblo de Santa Marta.	*Guarinoes*, río y nación del Tolima.
Doa o toa, islas de la ensenada de calabozo, y sitio de Puerto Cabello, en Venezuela.	*Doa*, tribu de la región de Sumapaz.
Anaime, en la Goagira.	*Anaime*, tribu y río de la cordillera Central.
Cauca, río y tribu del sur de Maracaibo.	*Cauca*, cacique cuyo nombre se dió al río y al departamento de ese nombre.
Caucaya, río de los caribes del Putumayo.	
Aragua, río de Venezuela.	*Aragua*, río afluente del Opón.
Carupar, en el Valle de Upar.	*Carupa*, tribu de los colimas, cerca de Muzo.
Carupano, en Venezuela.	

El mismo nombre de Mocaná de los caribes del litoral, se encuentra ligeramente modificado, Bocaná en el valle de Medellin.

Sometiéndose el movimiento caribe a las condiciones del terreno, pueden calificarse las emigraciones en tres grandes grupos a saber:

I. La emigración oriental efectuada por el golfo de Maracaibo y por los afluentes del Orinoco.

II. La grande emigración central, llevada a cabo por el Magdalena y sus afluentes.

III. La emigración occidental, por el Atrato y las costas del Pacífico, después de cruzar el Darién o Panamá.

LA INVASIÓN ORIENTAL.

El curso de los ríos fué la amplia vía que siguieron los invasores para dirigirse del litoral al interior. Remontando el Orinoco y sus afluentes se extendieron en todos los llanos de Casanare y San Martín, en donde aún viven muchos de sus descendientes conservando puros los caracteres distintivos de la raza, así como en el Caquetá y el Putumayo, adonde probablemente llegaron atravesando por el Casiquiari y extendiéndose por todos los afluentes septentrionales del Amazonas hasta Mocoa, al oriente de Pasto, y por la hoya del Napo, en la región oriental del Ecuador.

En esta vasta y admirable red hidrográfica las tribus caribes encontraron un medio perfectamente adecuado para su desarrollo. Dilatadísimas regiones, cruzadas en todas direcciones por inmensos ríos, provistos de pesca y de caza en abundancia y con un clima análogo al de la primitiva patria, el caribe, en estos territorios de ilimitados horizontes, no tuvo nada que extrañar ni esfuerzo alguno que hacer para aclimatarse a un medio tan semejante a aquel en que tuvo su origen. La raza se conservó pues en toda su pureza, tanto que algunos viajeros la han creído, por esta circunstancia, originaria de la región comprendida entre el Orinoco y el Amazonas.

En los territorios colombianos de Casanare, San Martín y Caquetá existen numerosas tribus caribes: guacaicas, guaharibos, guahibos, del Vichada; piaroas de los raudales del Orinoco, los guaipunabis del Inirida; los guaques, nación feroz y valerosa que asalta las otras tribus para hacer provisión de prisioneros, a los cuales engordan en estrechos cercados antes de devorarlos. Las tribus guaques agregan a su propio nombre la voz carifona, que quiere decir gente, en la cual entra la palabra caribe-cari o car. Los cuivas del Guaviaré, los carizonas y los huitotos del Putumayo, los guajiros de Casanare, y centenares más que ya han desaparecido, como los antropófagos choques del Papamene, bajaban por los ríos

y por los caños, siendo el terror de las tribus pampeanas vecinas, a las cuales asaltaban a sangre y fuego, sacrificando sin piedad a los hombres y algunas veces conservando según su antigua costumbre, a las mujeres, con lo cual se dió origen a grupos mestizos difíciles de clasificar, que en unas ocasiones se consideraban como caribes y en otras como enemigos encarnizados de ellos; tales fueron entre otros los mituas, que en el siglo XVIII alcanzaron relativa celebridad y fundaron un Estado importante; los papiocos, ambos del Guaviare; los achaguas y los enaguas de Casanare, etc.

Entre algunas tribus de esta región y otras del litoral hay algunas afinidades que no deben pasar inadvertidas. Los guajiros de Casanare y sus homónimos de la península a la que han dado su nombre, no solamente se llaman de la misma manera sino que en sus costumbres y en sus caracteres presentan grandes semejanzas. Los orejones del Putumayo y los orejones de la Sierra Nevada fueron llamados así por los españoles por la extraña costumbre peculiar a ambos de agrandarse de una manera extraordinaria el lóbulo de la oreja hasta darle el tamaño de un plato pequeño.

¿Estas coincidencias, que no son casuales, indican acaso que los guajiros y orejones del centro del Continente han venido de sus homónimos de la costa o viceversa? ¿O más bien se explican por venir unos y otros de un tronco común, cuyas ramas se desprendieron en distintas direcciones?

Debe notarse, desde luego, que las dos tribus guajiras son de raza caribe pura, mientras que los orejones del Putumayo parecen pertenecer a la primitiva raza pampeana, lo mismo que los antiguos orejones de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Los guajiros debieron pertenecer al grupo caribe que entró al Continente por el golfo de Maracaibo en cuya región se dividió en dos ramas; la una torció al nordeste hasta ocupar la península guajira y la otra debio seguir al sur hasta llegar á Casanare. También es singular la circunstancia de que al lado de ambos guajiros se encuentran tribus conocidas con el nombre de arhuacos o arvacos, nombre que llevan también varias tribus de la Guayana inglesa y del Brasil, cuyo idioma, el aravaco, es uno de los dialectos más importantes de la lengua caribe.[1] En las pequeñas Antillas, por cerca de 400 años se ha observado el fenómeno de que en las tribus caribes que las poblaban, el idioma de las mujeres era el aravaco, mientras que los hombres hablaban otro dialecto enteramente distinto.

Las numerosas poblaciones caribes que ocupaban la región de Ocaña cuyos nombres se caracterizaban por la terminación ama, que significa región o tierra, como hacaritama, teorama, burgama, guaiarama, urama, etc., vinieron allí del lago de Maracaibo, remontando el río Catatumbo o Catotumo, como primitivamente se llamaba, y sus afluentes. Esas tribus valerosas fueron las que detuvieron al feroz Alfinger en su marcha hacia el sur y lo obligaron a cambiar de rumbo, torciendo hacia el oriente, sin lo cual es probable que a este terrible conquistador le hubiera tocado en suerte descubrir el primero el rico territorio de los guanes y el reino de los chibchas.

Los actuales motilones, que en corto número viven todavía en la región montañosa comprendida entre la hoya del río César y la Sierra de Perijá, son los descendientes de estas valientes tribus. El nombre de motilones que tienen en la actualidad se debe, según refiere Nicolás de la Rosa, a que el cura doctrinario que tuvieron en los primeros años de la conquista les hizo cortar la cabellera por causa de la peste de viruela que por entonces diezmó estas tribus.

---

[1] Como vimos ya en el capitulo I, al tratar de las familias para o pampeana, algunos autores dan a este grupo etnográfico el nombre de arvaco.

A medida que la ola caribe avanzaba hacia el occidente y se acercaba a la gran mole de la Cordillera Central, las invasiones, como era natural, se fueron debilitando; pero siempre alcanzaron a ponerse en contacto con las poblaciones chibchas limítrofes de la gran llanura, con algunas de las cuales llegaron a mezclarse, por una o por otra causa, probablemente por la influencia de las mujeres, como sucedió, según queda dicho, en la fusión que se efectuó con las poblaciones pampeanas, formando esos grupos de indudable apariencia mestiza que por la influencia de las madres vinieron a incrustarse en la nación a que ellas pertenecían, que era más culta y más civilizada.

Tal debió ser el origen de los duitamas o tundamas, en quienes, además de poseer en su dialecto las voces ama o aima, las condiciones especiales de su carácter altivo, guerrero y valeroso, superior en mucho al de los chibchas, indican que llevaban en sus venas una buena dosis de sangre caribe. Lo mismo puede decirse de algunas poblaciones del valle de Tenza, al oriente de Boyacá, cuyo aspecto, constitución física y condiciones de carácter parecen el resultado de la mezcla de sangre chibcha y de caribe, suposición que en este caso, como en el de los duitamas, está confirmada por la presencia de nombres que son esencialmente caribes, como garagoa, compuesto de gara o cara, nombre genérico de ese pueblo, y de goa, que quiere decir sitio o territorio, según lo cual ese nombre significaría sitio o territorio de los caribes; soatama, voz, que igualmente es también caribe, etc. Cerca del hermoso lago de Tota hay un sitio llamado guaquira, que es el mismo nombre de una tribu de la Guayana. Entre Duitama y Santa Rosa, en el pintoresco sitio de Chiticuy, hay una piedra con figuras grabadas que parecen de origen caribe; pues bien sabido es que los chibchas sólo usaban jeroglíficos pintados.

En la región de Cáqueza, al oriente de Bogotá y confinando con los llanos de San Martín, las poblaciones chibchas debieron también recibir la influencia caribe; y mucho más al sur las tribus de esta raza invasora, remontando los ríos Fragua y Orteguaza, pudieron transmontar la gran cordillera por las depresiones de la Ceja, al oriente de Suaza, y ponerse en relación con las poblaciones primitivas del sur del Tolima o con otras tribus caribes llevadas ya a esas regiones por la corriente de la poderosa emigración central.

En cuanto a las tribus de Cáqueza, o sean los caquesios, por el boquerón de Usme debieron bajar a la Sabana y ocupar las riberas del río Tunjuelo, en las cuales existe un extenso cementerio. Los cráneos encontrados allí son muy diferentes de los hallados en el resto de la Sabana, según los estudios hechos por el eminente Profesor Sr. Ezequiel Uricoechea y por el Sr. Guillermo Pereira Gamba. El Sr. Uricoechea, en su introducción a la Gramática de la Lengua Chibcha, página 15, dice lo siguiente:

"Dos tipos distintos son los del Llano de la Iglesia, en la Picota, al borde del Tunjuelo, y los que en profusión se encuentran en Fontibón. Para mí es indudable que los de Tunjuelo eran de origen caquesio y los de Fontibón chibchas de la raza conquistadora."

Quizás tenga razón el sabio escritor en esta última apreciación; pero parece más probable que la diferencia apuntada provenga de la mezcla de sangre caribe, que, como hemos visto, no era rara en las tribus limítrofes que de tiempo atrás estuvieron en presencia de esa raza eminentemente invasora.

No estará por demás recordar que en Coro, en Venezuela, existía una tribu que también llevaba el nombre de caquesios.

LA INVASIÓN CENTRAL.

El río Magdalena, importante arteria que corriendo de sur a norte a lo largo de los ramales andinos, surca en casi toda su longitud el territorio co-

lombiano por espacio de cerca de 400 leguas desde su nacimiento en el gran macizo Colombia hasta que por ancho delta y por numerosas bocas arroja sus aguas al mar de las Antillas, fué la vía natural que las tribus caribes siguieron para lanzarse del litoral al interior y ocupar no solamente la vasta hoya del gran río sino también los valles de todos sus afluentes. La ciénaga de Santa Marta y los numerosos caños que la unen al río por la banda oriental y el dique de Cartagena por la occidental, debieron favorecer extraordinariamente la invasión, la cual por el oriente debió extenderse en todo el actual Departamento del Magdalena y ocupar el valle de Upar o Eupari, como primitivamente se llamaba, pondiéndose en contacto con las tribus que entrando por el lago de Maracaibo habían llegado allí por la región de Sinamaica o transmontando la sierra de Perijá o de los Motilones.

El río César, o como antes se llamaba, Cesare o Zazare, que recuerda el nombre del río afluente del Orinoco, Sarare les sirvió de comunicación con el Magdalena, bien para bajar por él las tribus que ya habían ocupado el valle de Upar, o bien para remontarlo las que formaban parte de la invasión central. Debe recordarse que este río era también llamado Pampatar, nombre que pertenece a una parte de la isla Margarita en Venezuela, indicio que como otros muchos corrobora, de acuerdo con las tradiciones de los mocanaes, la creencia de que una parte considerable de los caribes de Colombia arrancaban su origen de las costas venezolanas. Del César para arriba ocuparon todas las tierras bajas hasta las cordilleras de Ocaña.

Entretanto, en el Departamento de Bolívar, o sea en la ribera occidental, mientras que unas tribus, como queda dicho, se extendieron en todo el litoral desde las bocas de Ceniza hasta el Golfo de Urabá, otras, remontando el Magdalena, se adueñaron de todas sus riberas sin que las sierras de María, que aunque bajas dividen las hoyas del Magdalena y del Sinú, fueran obstáculo para contener la invasión caribe, que por este lado ocupó las sabanas de Corozal. Uno de los últimos cerros de esta pequeña cordillera tenía y conserva el nombre caribe de *guali*, que es el mismo que tenía la tribu que en las vecindades de Honda vivía sobre el hermoso río cuyo nombre lleva aún. Es probable que estas primeras invasiones hubieran encontrado y aún destruído las poblaciones más septentrionales de los ricos pueblos del Zenú.

En Tacaloa, las invaciones tomaron rumbos diferentes. Unas, guidas por la equivocada dirección de las aguas del Cauca, entraron por los brazos numerosos que este afluente extiende hacia el Magdalena, y remontando su curso y el del San Jorge, se internaron unas en el territorio de Antioquia, y otras, después de haber destrozado la misteriosa nación de los zenúes siguieron hasta el golfo de Urabá y las montañas de Abibe. A estas primitivas invasiones se refiere sin duda la tradición de que el pueblo Zenú se fraccionó en las tres secciones de Pansenú, Fisenú y Senufana, que decaídas y casi despobladas, encontraron los primeros conquistadores, pero que en época anterior fueron un solo Estado floreciente, rico y dotado de una singular civilización. De él formaban parte probablemente los guacas del Darién y los pueblos andinos de Antioquia que fueron despedazados y en parte destruídos por las invasiones caribes, las cuales, adueñadas de la hoya del río Cauca y de los reducidos y estrechos valles de esa montañosa región dieron origen a las feroces y valientes naciones de pozos, armas, guarcamas, paucuras, picaras y carrapas, que rechazaron a los quimbayas hacia el sur y encerraron a los catios en un círculo de fuego y sangre que cada día se estrechaba más. Probablemente otras tribus avanzaron hasta el valle del Cauca, pero las naciones caribes de esta región parecían relacionarse más estrechamente con las que entraron por el Atrato y por las costas del Pacífico.

De las invasiones que siguieron el rumbo del Magdalena, de Tacaloa para arriba, unas entraron a Santander por el Lebrija, por el Sogamoso, por el Carare y el Opón. La más importante fué la que entrando por el Sogamoso dividió el grupo andino de los guanes y fundó en las mesas de Barichara las nacionalidades de Butaregua y Macaregua, nombres que por sí solos indican su origen caribe, así como los de chucuri, chocoa, curiti, compuesto de curi, guamo, y ti, alto; aratoca y otras que aun subsisten, señalan hasta dónde se internaron los pueblos caribes en esta dirección, los cuales probablemente se fundieron con los vecinos guanes. Algunos de los nombres de sus pueblos y caciques al tiempo de la Conquista son netamente caribes, como Poima, Bocare, Cacher, Caraota, etc., y Popoa, río de Velez. El Chucurí, de Santander parece el mismo Chacurí, nombre de un cacique de Antioquia, y Ushacuri, nombre de una población de Cartagena.

Estas poblaciones, aunque diezmadas, no fueron destruídas por la Conquista y han venido a constitur la base demográfica de esta parte de Santander. El carácter altivo, enérgico y emprendedor que siempre ha distinguido a sus habitantes debe atribuirse a la parte de sangre caribe que llevan en sus venas.

El nombre de Carare es también netamente caribe; está compuesto de la raiz cara y de Are, divinidad de una de las tribus caribes; los colimas y muzos, que demoraban más al sur, habían ocupado en épocas no muy anteriores a la Conquista las hoyas del Minero y del Rionegro en las regiones de Muzo y de la Palma. Estas tribus tenían la tradición de que en tiempos anteriores había al otro lado del río Magdalena una gran sombra recostada, con figura humana, llamada Are, que labró en madera rostros humanos y los arrojó al río, a cuyo contacto se convirtieron en hombres y mujeres, progenitores de sus nacionalidades; mito que parece indicar que muzos y colimas ocuparon primero la margen occidental del Magdalena y que empujados por otras invasiones pasaron el río y ocuparon el territorio en el cual los sorprendió la conquista española, cuando todavía estaban en pleno movimiento de invasión. Bien sabido es que poco antes de la conquista la región de Muzo en donde los chibchas tenían sus sembrados de algodón y de los otros productos de las tierras calientes, fué abandonada por estos a los temibles invasores caribes que se establecieron en ella y que amenazaban ya permanentemente las poblaciones de Simijaca y de Susa situadas en la altiplanicie. Tan reciente fué esa invasión que muchos sitios de esa región no alcanzaron a perder sus primitivos nombres chibchas, como Furatema, en el rio Minero; Mencipá, río de Paime, etc.

Aunque el Padre Simón dice que los colimas se llamaban a sí mismos tapaces (piedra ardiente) y que fueron los chibchas los que los llamaron colimas; esto es, crueles y sanguinarios, no debe creerse que la voz colima es de origen chibcha; su índole es caribe; está compuesta de col o cor y de ima, y debe ser la misma calima de los caribes de la parte occidental del valle del Cauca, igual a carima de Casanare.[1]

Entre los muzos o muzhuac, las diferentes parcialidades o pueblos se designaban por alguna particularidad del terreno en que vivían o de sus costumbres, a la cual agregaban la palabra pais o pies, que significaban hombres o habitantes; muchos de esos nombres subsisten todavía, como caparrapies, habitantes de los barrancos; marpapies, habitantes de donde hay hormigas; curipies, habitantes de los guamos; yacopi, maripi, topaipi, etc. Debe notarse que en el alto Orinoco hay un pueblo llamado gura y una tribu de guripas muy semejante a los curipies o curipaes, como los llamaba el Padre Simón.

---

[1] Es probable que el nombre de tapaces fuera solo el de una tribu de la nación colima; así parece indicarlo el nombre de Tapacipi, que aún subsiste, de un afluente del Minero.

Es digno de notarse que el nombre pais de los muzos, que significa hombre, sea la denominación que se daba y aun conserva la tribu caribe que más adelantó en su invasión al Sur; los paises o paeces de Tierradentro. ¿Fueron quizás estos últimos alguna rama desprendida del mismo tronco que dío origen a los muzos? Nada tendría de extraño; y hay algunas otras coincidencias que permiten esta suposición. Tales son, por ejemplo, la semejanza entre musuc, el actual mosoco, nombre de la población más importante de los paeces, la que desde antes de la Conquista y aun hoy todavía ejerce la hegemonía de la tribu, y mushuac, nombre de la nación de los muzos. La voz topa o toba se encuentra en ambas regiones, pero con terminación distinta; en muzo, topa-ipí; en los paeces, topa-ima, etc.

No sorprenderá esta relación entre los muzos y los paeces que ocupaban los dos extremos de la extensa hoya del alto Magdalena, separados por cerca de 200 leguas si se tiene en cuenta que en las serranías de Abibe, entre Antioquia y el golfo de Urabá, encontraron los conquistadores una aguerrida nación caribe designada también con el nombre de páez y que, como sus homónimos de Tierradentro, tenía un pueblo llamado Suin y otro Apirama. Ambas naciones tenían una organización militar y una táctica de combate tan perfecta, que el cronista que describe los paeces de Abibe exclama como el que describe los paeces de Tierradentro: "Sus escuadrones son tan bien ordenados como no se ven en Italia." Circunstancia que, por demás esta decirlo, era característica de todas las tribus caribes del Continente.

Probablemente estos paeces de la serranía de Abibe fueron el tronco de donde se desprendieron los muzos y los paeces de Tierradentro.

Al occidente del territorio ocupado por los muzos y colimas al otro lado de los grandes nevados de la cordillera central, en tierras del Cauca, se encuentran los nombres de Calima que parece ser el mismo Colima; y Upirama, de Marmato, que es el mismo Apirama de Tierradentro, en tierras de los paeces; y un cerro del territorio de los muzos se llama Apipi, que parece ser el mismo Abibe de Urabá.

La presencia singular de estos nombres en esa región ¿no señalará las huellas que en su emigración dejaron los muzos y colimas? Al desprenderse éstos del grupo que ocupó las serranías de Abibe, se dirigieron al sur, y remontando el río Cauca atravesaron el territorio antioqueño hasta la región de Marmato, de donde por una o por otra causa cruzaron al oriente y atraídos por los grandes nevados, en los cuales creían que residían sus almas, transmontaron la cordillera central, después de lo cual se dividieron en dos grupos: uno siguió por el alto Magdalena hasta la hoya del Páez y ocupó a Tierradentro; el otro, antes de pasar el río Magdalena, se detuvo en su marcha hacia el oriente y fué el mítico Are, la gran sombra recostada de figura humana que lanzó al otro lado del río las invasiones que ocuparon las hoyas del Minero y del Rionegro, en donde con el nombre de muzos y de colimas las encontraron los descubridores españoles.

El extenso valle del alto Magdalena fué totalmente ocupado por las invasiones caribes. En la parte occidental, al norte, los guarinoes, los gualíes y los hondaimas u hondas, grandes pescadores y traficantes en pescado seco, cuyo nombre conserva la ciudad de Honda; más al sur, en la llanura, los marquetones, pantojoros, coyaimas, natagaimas y yalcones o cambis, todos antropófagos, grandes comedores de carne humana;[1] y en los valles de la cordillera los aguerridos pijaos y putimas, que lo ocupaban por ambos lados, desde el Tolima casi hasta el Huila, y los paeces, en el extremo sur, en la región conocida

[1] Uno de los mejores capitanes de los yalcones se llamaba Gaira, nombre de una tribu caribe de Santa Marta.

con el nombre de Tierradentro, cuyas hordas también trasmontaron la cordillera por Mosoco y por Pitayó y poco antes de la conquista española se establecieron en la vertiente occidental, rechazando las antiguas poblaciones guambianas, de origen andino, de las cuales han tomado muchos vocablos y algunos usos y tradiciones.

La parte oriental del alto Magdalena la ocupaba la importante y numerosa nación de los panches, que confinaba por el norte con los colimas y por el oriente con los chibchas a los cuales tenían permanentemente amenazados, hasta el punto de que en los momentos de la Conquista hicieron irrupciones hasta la misma Sabana de Bogotá, entrando a Zipacón y a Bojacá a sangre y fuego y llevando consigo numerosos prisioneros para proveer sus despensas de carne humana y para los festines con que celebraban la victoria.

La invasión panche debió entrar por el río Bogotá o Pati, como se llamaba en ese idioma, y ocupar toda la hoya baja, la cual anteriormente debió estar poblada por tribus chibchas, que sucumbieron o fueron rechazadas a la altiplanicie por el empuje incontrastable de la invasión caribe. Prueba de ello son los nombres de origen chibcha que se han conservado en el territorio de los panches, tales como Socota, entre Amapoima y Tocaima; Viotá y Tibacuy, estos últimos entre los panches y sutagaos.

A propósito de estos dos últimos nombres, cabe aquí una observación, y es que con una transposición de las sílabas o raíces que los componen, se forman nombres de otras poblaciones chibchas también. Así, de Viotá se forma Tabio, nombre de un pueblo importante de la Sabana de Bogotá; de Tibacuy se forma Cuítiva, nombre de un pueblo de Sogamoso, cerca de la gran laguna de Tota. Esta transposición, como se sabe, se encuentra con la mayor frecuencia en los idiomas monosilábicos y aglutinativos. En el Japón se encuentran numerosos ejemplos; basta citar los nombres de la antigua y de la nueva capital del Imperio: Tokio y Kioto.

En esta región, como más al norte los colimas en la hoya del Rionegro y los muzos en la del Minero, los panches habían desalojado o destruído las tribus andinas chibchas, y amenazaban romper la unidad de esta nación, como seguramente ya la habían roto antes, más al norte, las invasiones efectuadas por el Lebrija, por el Sogamoso y por el Carare.

Las tribus caribes del alto Magdalena introdujeron a esta región el vocablo ima, originario de la Guayana, usándolo profusamente en los nombres de casi todos sus pueblos, principalmente entre las panches, los pijaos, los coyaimas y los natagaimas, hasta tal punto que desde las poblaciones limítrofes con la Sabana de Bogotá hasta la cordillera central, son innumerables a uno y otro lado del Magdalena los nombres de pueblos o sitios geográficos en cuya composición entra este voz característica, que a su turno se halla también profusamente regada en la Guayana y en toda la región del Orinoco, en donde vive una tribu llamada simplemente aima. La huella del vocablo ima se encuentra a lo largo del río Magdalena, desde su embocadura en el mar, hasta 400 leguas tierra adentro y a uno y otro lado de sus riberas, tanto en Antioquia como en Santader, señalando el paso de la poderosa corriente invasora, que salida de la Guayana, vino a ocupar el dilatado y rico valle de ese gran río y los de sus numerosos afluentes. Allí la encontró la conquista española, y los restos que de ella quedaron forman una buena parte de la población de las tierras calientes de Cundinamarca y del Departamento del Tolima, nombre que al soberbio nevado que señorea la Cordillera Central, habían dado los antiguos pijaos por creer que en las brillantes alburas de nieve que cubren su cima, habitaba Tulima o Tolima, hada poderosa, especie de divinidad protectora de su nación.

Además de la comunidad del vocablo ima entre los pueblos del alto Magdalena, en el interior de Colombia, y los de Venezuela y Guayana, deben señalarse las siguientes afinidades de nombres propios:

Calichana, sitio cerca de la Mesa, en territorio de los panches.	*Carichana*, tribu caribe de Guayana.
Gaira, capitán de los Yalcones, en Neiva.	*Gaira*, tribu caribe de Santa Marta.
Doa, tribu de los panches.	*Doa* o *toa*, islas del lago de Maracaibo.
Carupa, pueblo de los colimas, cerca de Muzo.	*Carupano*, pueblo de Venezuela.
Aragua, río afluente del Opon, en la hoya del Magdalena.	*Aragua*, río de Venezuela.
Purima, nombre de un cacique de Antioquia, del tiempo de la conquista.	*Parima*, serranía y rio de la Guayana.
Apiai, río y sabanas de los llanos de San Martín.	*Apiai*, cerro de la región de Muzo.
Calima, sitio de la región de Marmato.	*Colima*, nación vecina de los muzos.
Carima, sitio de los llanos de Casanare.	

Y muchas que sería largo enumerar.

Bueno es anotar que en toda la extensión del río Magdalena, casi desde su nacimiento hasta su desembocadura, se encuentra una serie de nombres, como Anacarco, en Natagaima; Cumbarco y Mondarco, en el Chaparral; Ilarco, en Ambalema; Cearco, en territorio de los Pijaos; Novarco, en el Quindio; Cibarco, cerca de Cartagena, en los cuales figura la terminación arco, voz que parece extraña al idioma de los pueblos caribes que habitaban todo el valle del Magdalena al tiempo de la Conquista, y que tiene un pronunciado sabor meridional.

LA INVASIÓN OCCIDENTAL.

Las tribus caribes, salidas de las Antillas o de la Guayana en su marcha a lo largo de las costas del mar, ocuparon el golfo del Darién y gran parte del Istmo de Panamá. En el Darién formaron las naciones de urabá, urabaibe, caricuris, caribanas y otras de menor importancia, que desaparecieron con la Conquista española. Los actuales cunas o cunacunas, que actualmente ocupan esas regiones llegaron allí posteriormente, salidos de las costas del Darién del Sur. Quizá sean restos de las antiguas tribus que huyendo de la Conquista se retiraron al sur y cuyos descendientes, al ver que los españoles abandonaban los establecimientos que habían hecho en esa costa, regresaron a ocupar el territorio de sus antepasados.

Las primitivas invasiones, remontando el Atrato, se dirigieron al interior. En el valle de este río, en el bajo Chocó, se establecieron los chocoes, y quizás otras tribus, cruzando el arrastradero o istmo de San Pablo encontraron el río San Juan y llegaron a las costas del Océano Pacífico, por las cuales se extendieron al sur, casi hasta Guayaquil, aumentada la invasión en este sentido por las que atravesaron el Darién y el istmo de Panamá.

Los guazuzes, que vivían en el territorio comprendido entre Antioquia y Urabá y que como los lilis y gorrones del valle del Cauca, hacían sus sacrificios humanos extendiendo las víctimas sobre una gran piedra provista de gradas para subir a la plataforma en la cual habían hecho ranuras o cañuelas para que corriera la sangre, debieron llegar a esa región por el río del León o por el Sucio o Negro, afluente del Atrato; mientras que por el río Murrí u Oromira, como se llamaba en tiempo de la Conquista, se dirigieron al oriente en busca de tierras mejores que las pantanosas del Atrato, las feroces y

numerosas tribus que llegaron al occidente de Antioquia y remontando el río Cauca subieron hasta ocupar la parte occidental del hermoso valle de este nombre.

La invasión caribe llegada a Antioquia por este lado fué sin duda considerable y mucho mayor que la desprendida de la gran corriente central. A ella pertenecían los coris, cartamas, guaramas, caramantas, pozos, armas, pancuras, carrapas y las demás que con el nombre genérico de *nutabes*, esto es, caribes, eran designados por los restos de la antigua población andina de esa región, a la cual sin duda se deben las grandes calzadas, "como las del Cuzco," y los edificios cuyas misteriosas ruinas encontró el Mariscal Robledo en sus descubrimientos, sin que pudiera averiguar ni quién los había construído ni cuándo ni cómo se habían arruinado.

En el valle del Cauca los ansermas, los chancos, los timbas, los gorrones, los lilis y probablemente los mismos payanes pertenecen al grupo de la invasión caribe occidental, caracterizado por costumbres más sanguinarias y más crueles, si es posible.

Ya hemos visto que los guazuzes, del noreste de Antioquia, y los Lilis del Valle del Cauca, tenían idéntica manera de sacrificar sus víctimas humanas,[1] lo cual demuestra que tenían entre sí muy estrechos vínculos de parentesco.

En Antioquia los cartamas, los pozos, los caramantas y las otras tribus que se han mencionado, así como en el Cauca los ansermas, los gorrones, los lilis, etc., tenían desarrollado en el más alto grado el culto de la muerte y los instintos feroces y sanguinarios. A los prisioneros los desollaban cuidadosamente y rellenaban los pellejos con paja o con ceniza para conservarlos en las habitaciones, las cuales adornaban también con pies y con manos secadas al fuego; a la entrada de las casas formaban calle con brazos y con piernas secadas por el mismo procedimiento. Las cabezas, también momificadas, con las caras pintadas de rojo, las facciones descompuestas por la horrible mueca de los suplicios y de la muerte, y con la cabellera flotando al aire y desmesuradamente larga por el desarrollo vegetativo del pelo, las clavaban en las puntas de las guaduas con que formaban el cercado de sus casas; guaduas que perforaban artísticamente de modo que al soplar el viento produjera lúgubres sonidos, como si fueran lamentos de las cabezas que las coronaban. Espectáculo macabro, horrible, que necesariamente debía influir de modo decisivo en la formación del carácter y de los sentimientos de esos pueblos, que a todas horas y cada momento tenían presentes a la vista y a la imaginación estos cuadros de horror.

Iguales costumbres tenían todas las tribus que ocupaban las costas colombianas del Pacífico y las de las Provincias de Esmeraldas y Manabí en el Ecuador, lo cual por sí solo indica un estrecho parentesco entre todas ellas. Además, unas y otras deformaban, como lo hacia el resto de los caribes, el cráneo de los recién nacidos.

Del golfo de Urabá hacia el occidente continuaron los caribes su marcha a lo largo del Istmo de Panamá, hasta la costa de los Mosquitos, en donde vivían

---

[1] Dos leguas al occidente de Cali, en el punto llamado La Castilla, existe una de las piedras de sacrificio de los antiguos Lilis; es un gran bloque prismático, de apariencia basáltica, que mide 3 metros con 15 centímetros de largo, por 1 metro 20 centímetros de alto. A cada lado del prisma tiene talladas cuatro gradas para subir a la plataforma, que tiene 40 centímetros de ancho, sobre la cual extendían boca arriba la víctima que immolaban. En contorno de la plataforma se ve la ranura o señuela que recogía la sangre y que por una de las extremidades salía en dirección a la quebrada vecina. En las inmediaciones hay varias piedras grabadas con figuras humanas grotescas, casi de tamaño natural. Una de ellas entre otros atributos, tiene en la mano un cetro o un tridente.

los cucunas, que recuerda el nombre de los cunacunas del Darién y los aramas con nombre idéntico al de una tribu caribe de Antioquia y a otra de los llanos orientales, en donde se fundó la población de San Juan de Arama.

Las poblaciones primitivas de Panamá hasta el río Chagres por el sur eran derivaciones de los nahuas y de los mayas, por sus caracteres físicos, por sus costumbres ,su idioma y hasta por su civilización; que era un reflejo, aunque débil, de la de la grandes razas de Centro América y de Yucatán. Los caribes de la costa hacían constantes irrupciones al interior del Istmo, y rompiendo la unidad de la raza primitiva, lograron establecerse en las costas del Pacífico. Así lo demuestra la existencia en esa región de nombres que son netamente caribes, como son Parita, Panamá, Terbi, Tiribí, etc., nombres que, como se ve tienen gran semejanza con los de Antioquia y de Venezuela.

El nombre de Capira se encuentra igualmente en regiones muy distantes entre sí, pero que fueron también ocupadas por caribes; cerca de Arboledas, en el Departamento de Santander; en Sonson, en el de Antioquia; cerca de Paime en territorio de los muzos en Cundinamarca. En estos lugares, como en Panamá, el nombre de Capira se ha dado a un cerro o monte de forma esférica y de perfiles singulares.

Al contacto de las poblaciones nahuas, de Panamá, algunas tribus caribes se asimilaron parte de esa civilización y dulcificaron sus costumbres, modificando de un modo favorable su carácter. Algunas de ellas siguieron su marcha hacia el sur, a lo largo de la costa, como debió suceder con los cirambiras y noánamaes, que entraron por el río San Juan, y con los caras que llegaron a las costas de Esmeraldas, en el Ecuador, y conquistando a los quitus, fundaron el reino de los scyris; mientras que otras tribus que cruzaron el Istmo por el río Tuira y por el golfo de San Miguel, no experimentaron esa benéfica influencia y conservaron los instintos feroces y sanguinarios de la raza; tales fueron los birues, los daguas y otros que ocuparon los valles del Patia y del Alto Chocó.

La invasión caribe, que había entrado al territorio colombiano por el occidente, había ocupado gran parte de Panamá; casi todo el actual Departamento de Antioquia, y en el Cauca todas las costas del Pacífico, desde el Golfo de Urabá hasta los confines de los Pastos.

Al tiempo de la conquista española, la raza caribe dominaba, pues, en todo el territorio de la República de Colombia, con excepción de las mesas de Pasto y de Túquerres y de las altiplanicies de Bogotá y de Tunja, ocupadas por los chibchas. Las pocas y reducidas tribus del grupo andino que quedaban en Antioquia, estaban destinadas a desaparecer en breve tiempo a manos de los terribles invasores.

Los chibchas de las tierras templadas y de los valles ardientes, habían sido rechazados a la altiplanicie y los caribes los tenían en alarma permanente. De tal manera que si el descubrimiento de los reinos de Tunja y de Bogotá se hubiera retardado un siglo, probablemente la nación chibcha habría corrido la misma suerte de los pueblos andinos de Antioquia; esto es, habría sido sojuzgada y destruída por los caribes, panches, muzos y los feroces colimas que por todas partes la estrechaban. Mucho sería que del desastre general se hubieran salvado los chibchas de la cordillera al oriente de la Sabana de Bogotá. En ese caso, apenas se habrían conservado vagas y dudosas tradiciones relativas a la Nación más culta y más importante de las que poblaban el territorio colombiano.

CAPITULO IV.—LOS CHIBCHAS.

El pueblo chibcha, que era el más adelantado y el más numeroso de los que en el territorio de la actual República de Colombia encontraron los españoles, no formaba al tiempo de la conquista un grupo o unidad política, compacto y

homogéneo. Lejos de eso, estaba disgregado en pequeños Estados, de los cuales los principales eran los de Bogotá y de Tunja, rivales entre sí y que mantenían constantes y recíprocas guerras con el objeto de obtener cada uno de ellos la supremacía sobre el otro. En ambos reinos existían varios estados tributarios, que con frecuencia se declaraban en estado de rebelión, y eran sometidos por la fuerza o por la astucia. Algunos eran tan importantes que no solamente rivalizaban con los soberanos, sino que, como el Guatavita, en Bogotá, y el Ramiriqui, en Tunja, conservaban la tradición de que en época no lejana habían tenido ellos la soberanía. En una palabra, no eran organismos políticos definidos y compactos; parecían Estados en vía de formación, presentando un período de desarrollo muy análogo al de los pueblos europeos en los primeros tiempos de la época feudal.

Por poco que se estudien las relaciones de los cronistas relativas a la nación chibcha, se cae en la cuenta de las grandes diferencias que había entre tunjas y bogotaes; diferencias que son tanto más notables cuanto que llegaban hasta el campo de la cosmogonía y de la constitución religiosa.

En Bogotá, Estado netamente civil, las prácticas religiosas estaban subordinadas a los acontecimientos ordinarios de la vida nacional; el Zipa era el jefe único y supremo de la Nación, su autoridad no tenía rival; el Estado, en todas sus manifestaciones, dependía exclusivamente del poder civil y la clase sacerdotal no tenía influencia política de ninguna especie.

En el reino de Tunja pasaban las cosas de una manera muy distinta; la autoridad temporal del Zaque estaba limitada por la influencia religiosa y moral del cacique de Iraca, reconocido en todo el reino como Santo y como Gran Sacerdote. Allí todo estaba subordinado al sentimiento religioso, y en su territorio se encontraban, no solamente el suelo sagrado de Iraca, en donde se levantaba el famoso templo del Sol, sino también los lugares más o menos venerados, cuyos nombres, conteniendo la palabra *quirá*, recordaban las estaciones que Bochica, el misterioso civilizador del pueblo chibcha, había hecho en el curso de su éxodo legendario; tales como Monquirá, Moniquirá, Chiquinquirá, etc. Digno de tenerse en cuenta es el hecho de que precisamente en estos lugares es en donde el sentimiento religioso se ha manifestado después de la conquista española de una manera más intensa, pero adaptada al nuevo medio que tal acontecimiento hubo creado. Así vemos que en la región de Moniquirá surgieron los venerados oratorios del Valle del Ecce Homo; en las vecindades de Raquirá se fundó el reputado Convento de la Candelaria, y en Chiquinquirá, nombre compuesto, al parecer, de las palabras chibchas, *chyquy*, sacerdote, y de la voz mítica *quira*, ocurrió en la época colonial, la aparición de la milagrosa imagen que allí se venera, y que ha alcanzado una devoción general, no solamente en toda la América Latina, sino aun en la misma corte de España.

En el reino de Tunja existían, además, germenes de federación y de un sistema electoral, como lo demuestra la singular manera como se elegía al gran Sacerdote de Iraca, a cuyo nombramiento concurrían con su voto los caciques de Gameza, Busbanza, Toca y Pesca, debiendo elegir el candidato alternativamente de entre las familias señoriales de Tobasa y de Firavitoba; todo lo cual era completamente desconocido entre los chibchas de Bogotá.

El carácter nacional de cada una de estos reinos se puede decir que está sintetizado en el de sus respectivos príncipes. Mientras que en Bogotá aparecían legisladores como Nemequene, o guerreros como Saguamanchica en Tunja los Zaques se atribuían como Garanchacha, un origen divino, o como Tomagata se hacían pasar por grandes hechiceros depositarios de poderes sobrenaturales.

No son menores las diferencias que existían en el idioma de ambos reinos y en cada uno de ellos existían dialectos distintos. En Bogotá, por ejemplo,

se hablaba el caquesio en toda la actual provincia de Caqueza; y en Tunja había el duitama o duit que era el dialecto del señorio del Tundama, esto es, en el mismo corazón del reino. Había además el dialecto de los guanes, y cada uno de los pueblos de la gran familia chibcha tenía el suyo propio.

Bueno es tener en cuenta que todos los cronistas y filólogos que se han ocupado del idioma chibcha se han referido principalmente al dialecto propio de los bogotaes, sin tener en cuenta el del reino de Tunja; es, por ejemplo, un hecho aceptado que el chibcha carecía, entre otras, de la letra R; pero esto que puede ser cierto respecto de los zipas no lo es respecto del dialecto de Tunja, en cuyo territorio abundaban los nombres propios en los cuales había una o más de esta consonante, como son: Iraca, Ramiriqui, Ráquira, etc., y lo mismo sucede con el dialecto de los guanes. No obstante esto, en el territorio de los bogotaes encontramos el nombre de Zipaquira, asiento de la rica salina de ese nombre, que era la fuente principal de riqueza del pueblo chibcha. Á propósito de este nombre, el Padre Lugo, en el vocabulario del idioma de esta nación, que escribió en los primeros años de la colonia, da a entender que el nombre primitivo de esa población era Chicaquichá; pero no se comprende ni se explica variación tan radical en el nombre de la celebre salina, cuando los elementos que lo componen son netamente chibchas: Zipa, muy frecuente en el reino de Bogotá y que aun subsiste en el nombre de muchas poblaciones como Zipcon, Tocanzipá, Gachanzipá, etc., y Quirá, que como ya hemos tenido ocasión de ver, abundaba tanto en Tunja; de manera que no se advierte en esa variación la menor influencia de los españoles. Debe, pues, considerarse que la voz que da el Padre Lugo fué tomada del nombre con que los indios de las clases baja de Bogotá designaban esa población. Todo esto parece indicar que en tiempos anteriores a las crónicas de la conquista fué Zipaquirá el término meridional del grupo etnográfico, que desde ese punto hasta Moniquirá y Velez por el norte, constituía el reino de los Zaques de Tunja. Así parece, y en ese caso, la voz *quirá*, extraña al idioma de los bogotaes, fué por estos adulterada al servir de intérpretes al Padre Lugo y el haber sido conservadas en la palabra *Zipaquirá* se debe a la gran preponderancia que en el mercado de esa población tuvo el grupo chibcha del norte familiarizado con los nombres en quirá.

¿Provino esta diferencia en el idioma de los dos grupos, al suprimir la R, del amaneramiento de los bogotaes, o indica la presencia de elementos etnográficos diferentes? Nos inclinamos a pensar de este último modo, en vista de las consideraciones ya enunciadas, y de las que expondremos en seguida.

II.

Además de las diferencias que dejamos apuntadas, había en la nación chibcha otras de carácter demográfico general, que permiten suponer que a su formación habían concurrido por lo menos dos elementos muy distintos. Uno de ellos, que puede considerarse como autóctono de las grandes mesas andinas de Bogotá y de Tunja y de los macizos de Santander y constituía la base de la población, había sido probablemente sojuzgado en tiempos remotos, muy difíciles de calcular, por pueblos más avanzados y fuertes, los cuales al darle una relativa civilización, imprimieron a cada Estado el sello especial de su carácter. La existencia de clases sociales no se explica sino por la superposición de una raza superior, casi siempre conquistadora; y tanto en Tunja como en Bogotá había nobles y siervos y la nobleza era hereditaria; leyes severas prohibían los matrimonios entre señores y plebeyos. Según se desprende de las relaciones de los cronistas, los nobles, así hombres como mujeres, eran mejor proporcionados, de facciones más regulares, de piel más blanca y de carácter

más altivo y enérgico que el resto de la población; caracteres todos que revelan una raza conquistadora y superior.

Los tunjos de barro cocido, que se encuentran en los adoratorios, principalmente en las regiones de Guatavita y de Caqueza, y que es natural suponer que fueran fabricados tomando por modelo las facciones propias de los señores, o sea de los nobles, llaman la atención por la regularidad y por la nobleza de la fisonomía, cuyos rasgos generales recuerdan el tipo napoleónico, que en nada se parece al de los actuales indígenas de nuestros campos.

En esa casta noble, aun cuando más o menos sometida al Zipa o al Zaque, residían el poder y los honores. De élla salían los uzaques y caciques o psipcuas, guerreros y sacerdotes y a élla vivía sometido el resto de la población en la más absoluta obediencia pasiva. A esa organización social transmitida al través de las generaciones y conservada por un herencia de siglos, se debe el actual carácter del indígena de Cundinamarca y Boyacá: simpre melancólico y taciturno, disimulado, desconfiado de todo y humilde, con la humildad proveniente de muchos siglos de servidumbre. El hábito de la obediencia ciega, pasiva, casi automática a que esa raza estaba acostumbrada desde el tiempo de los caciques y los uzaques, y más tarde con los encomenderos españoles, ha hecho del indígena chibcha el mejor soldado de la República. Esa casta desheredada es la que en lo general se conserva intacta, porque la noble fué en parte destruída con la conquista y en parte se fundió con la sangre española; pues bien sabido es que los conquistadores del Nuevo Reino no desdeñaban, ni tenían a menos el unirse con élla, y muchos contrajeron matrimonio con indias nobles, seducidos por sus prendas morales y por los atractivos personales de que en lo general estaban dotadas.

III.

¿De donde vinieron estos grupos civilizadores? ¿Cúal fué su origen y cúal la ruta que trajeron? Problemas son éstos, tan interesantes como intrincados y cuya solución definitiva estamos aún muy lejos de conocer. Algunos escritores modernos han creído poder relacionarlos con las razas civilizadas de Norte y de Centro América; pero los argumentos que aducen carecen de suficiente solidez, porque ninguna de las tradiciones de los chibchas, ninguna de sus costumbres, ninguno de sus ritos, tiene analogía con los pueblos del norte y no hay huella alguna que autorice la creencia de un origen septentrional. Las muy lejanas afinidades que un examen superficial de los hechos han creído encontrar entre chibchas y pueblos centroamericanos, provienen de las naturales analogías entre comunidades de una misma raza americana, pero en ninguna manera autorizan la hipótesis de que la cuna lejana del pueblo chibcha se encuentra en el Septentrión.

Los chibchas en sus tradiciones y en sus mitos, lejos de referirse al norte, volvían siempre los ojos hacia el oriente. De allí vino el Bochica, misteriosa personificación de la civilización nacional; en las luminosas profundidades del oriente, en el centro de los llanos de San Juan, existía el venerado templo del Sol, en donde, rodeado de los más exquisitos cuidados se criaba El Moxa, víctima suprema destinada a llevar a la Luna, diosa de las labranzas, los mensajes que el pueblo le enviaba para obtener buenas cosechas, y, cuyo sacrificio se hacia cada quince años y constituía la ceremonia religiosa más importante del culto de los bogotaes.

Es, además, en dirección al oriente, y luego francamente hacia el sur, allá en la región amazónica, primero, y en el alto Perú en seguida, en donde se encuentran nombres propios indígenas idénticos a muchos de Boyacá y de Cundinamarca. Así, por ejemplo, en la región en donde se encontraba el templo del Sol, en San Juan de los Llanos, existe el nombre de Iraca, idéntico al nombre del

sitio sagrado en donde se levantaba el gran templo del Sol en Sogamoso. El nombre de Monquira se encuentra desde el actual Moniquirá, en los confines de la Provincia de Valez, hasta el fondo de las selvas amazónicas, en las lejanas márgenes del Atabapo, como señalando algunas estaciones importantes en el éxodo gigantezco del pueblo que en tiempos remotos llegó a establecerse en las altas mesas de Tunja. El nombre indígena de Caqueta, que lleva uno de los grandes afluentes del Amazonas, es el mismo de Caqueza, población de las vecindades de Bogotá; pues bien sabido es que la T indígena era tan suave que los españoles la cambiaban con frecuencia en Z. En nombre del río Guaviari, afluente del Orinoco y uno de los grandes ríos que cruzan las llanuras orientales, es el mismo del río Guavio, en la Provincia de Guatavita; pues la terminación ari, del primero, significa río en idioma de los caribes, que más tarde se adueñaron de esa región. Interminable sería esa lista si nos propusieramos continuar citando ejemplos; siendo de advertir que entre unos y otros puntos de los que llevan iguales nombres, hay grandes extensiones de terreno, sin caminos accesibles y separados entre sí por selvas impenetrables o por vastos desiertos.

Esta identidad de nombres propios parece señalar la huella del pueblo chibcha en su larga y penosa emigración de sur a norte, pues no es de suponerse que los pueblos de Tunja o de Bogotá se hubieran desalojado hacia el sur, para luego retroceder y encerrarse nuevamente dentro de sus primitivos linderos.

Aparte de ciertas afinidades de otro orden, los solos hechos apuntados permiten suponer que los grupos etnológicos que en épocas remotas llegaron a las mesas andinas de Cundinamarca y Boyacá a constituir la nación chibcha, eran originarios del Mediodia; quizás de las lejanas regiones del antiguo Tiahuanaco, en donde se encuentran nombres indígenas de sorprendente semejanza con algunos de los nuestros de Boyacá y del sur del Departamento de Santander. Por ejemplo, Sepitá, Huaca y Suratá, pueblos incas de las orillas del lago de Titicaca tienen nombres idénticos a los de pueblos chibchas de la Hoya del río Sube, en la Provincia de Garcia Rovira de este último Departamento. Coparaque del sur del Cuzco es casi el mismo Corbaraque de Charalá, del sur de Santander. Sora, población indígena cerca de Tunja, es uno de los elementos que componen el nombre de Sorasora, pueblo peruano situado cerca del Titicaca.

Por otra parte, en la región del Atabapo, en el fondo de la cuenca amazónica, hay un sitio llamado Ushaquen, nombre chibcha de una población a immediaciones de Bogotá, cuyo cacique era uno de los más poderosos e importantes del reino de los Zipas, al tiempo de la conquista. En la región amazónica del Perú se encuentran muchos nombres que tienen un pronunciado sabor chibcha, tales, por ejemplo; Cubazá y Cuchivará; muy semejantes a nombres del reino de Tunja; Susungá, que es casi el mismo nombre de algunos sitios de la región de Fusagasugá, en las inmediaciones de Bogotá. En la Provincia de Tunja existe el pueblo de Viracachá, que con poca diferencia, es el nombre de uno de los más célebres incas del Perú, Viracocha, cuya memoria conservaban los peruanos con la más grande veneración. Tena y Chicuasa, nombres de sitios cercanos a Bogotá y que fueron importantes en la época chibcha, se encuentran igualmente en el río Napo, en el territorio llamado de los Quijos.

En esa misma región del alto Amazonas viven todavía tribus en cuyo nombre entra la misteriosa palabra quira, como son los abiquirás chuntaquiras, etc. Quizás esos pueblos fueron antes tributarios del primer imperio peruano, del cual alcanzaron a recibir algunos rayos de civilización; pero disgre-

gados de él en la época que precedió al segundo Imperio, se desprendieron del núcleo principal para dar principio a las penosas y largas emigraciones que emprendieron hacia el norte, hasta trasmontar la Cordillera, tal vez por diferentes puntos y ocupar las altas mesas de Cundinamarca y de Boyacá, en donde los encontró la conquista española.

Es probable que uno de esos grupos hubiera pasado al valle del Magdalena por las depresiones que ofrece la cordillera en los puntos de la Ceja, o remontando el Guayabero para caer a Aipe y Villavieja, región en donde por el sur principian a manifestarse de una manera franca las primeras huellas de la nación chibcha, en la piedra pintada que se ve cerca de Aipo, cuyos dibujos idénticos a los de las rocas de Pandi, de Facatativá, de Suta, y de Saboyá, indican ser todos ellos hechos por la mano de un mismo pueblo. Sin embargo, la región de Aipe, al tiempo de la conquista española y desde época muy anterior, se hallaba ocupada por los feroces caribes, lo mismo que todo el valle del alto Magdalena que la separa del territorio de los chibchas. Dato singular y muy significativo para el hecho de que nos ocupamos es el de que no obstante los peligros de un largo viaje al través de un territorio ocupado por sus declarados enemigos, los chibchas celebraban anualmente una feria en Aipe a donde concurrían a cambiar mantas y otros artefactos por algodón y otros productos de las tierras cálidas, pero sobre todo por el oro que en abundancia arrastran los afluentes del alto Magdalena.

Todo esto parece indicar que en esa región de Aipe hicieron los chibchas una estación importante antes de continuar su marcha hacia el norte, lo cual está indicado por signos inequívocos, como son las tumbas y las piedras grabadas de Chiriló, en la región de Prado, las cuales son extrañas a las poblaciones caribes que vivían allí al tiempo de la conquista, y por las huellas que dejaron en toda la parte oriental del valle del Magdalena hasta las piedras pintadas de Pandi, cerca del célebre puente natural de Icononzo. Desde este punto, remontando el curso del Sumapaz y de sus afluentes, ascendieron a la altiplanicie de Bogotá bien en busca de climas más suaves, o bien empujados por las formidables invasiones de los caribes, lo que parece más probable. Otro de los grupos, que quizás hizo larga estación en el Caquetá, palabra chibcha compuesta de *caque*, pelea; y de *ta*, tierra o lugar; ésto es, tierra de combate, o de pelea, debió más tarde continuar su éxodo hacia el norte y subir a la cordillera por San Juan de los Llanos, para dar su nombre a la región de Cáqueza, primera que ocupó, y traer a Bogotá el sangriento rito del Moxa, el cual, es de notarse, era desconocido en los dominios del Zaque, no obstante ser la ceremonia más importante del culto chibcha en el reino de Bogotá. Parte de este grupo, siguiendo por la hoya del río Tunjuelo, como parece indicarlo los cráneos que se encuentran en los cementerios que en abundancia existen en sus márgenes, descendió a la sabana de Bogotá, en donde encontrándose y fundiéndose con el grupo anterior, vinó a formar el núcleo principal del reino de los zipas. La otra parte, la que se estableció en los valles de Cáqueza, conservó, sobre todo en el idioma, algunos de los caracteres que le eran peculiares, y vino a formar el tipo caquesio, el cual debió extenderse a los valles de Gachetá, y probablemente a los de Tenza.

Otro grupo de los emigrantes, quizás el de mayor importancia, después de un largo éxodo por las regiones orientales, ascendió por Casanare a las altas mesas andinas y después de ocupar el fertil valle de Sogamoso, que consideró como territorio sagrado, se extendió por la hoya del Chicamocha y se fijó principalmente en las altiplanicies de Tunja, dando origen al reino de los zaques. Probablemente en este grupo venía la casta sacerdotal; así se explicaría la preponderancia del sentimiento religioso que caracterizaba al pueblo de Tunja,

al cual pertenecían las voces sagradas de Iraca e Iquira, que, como reminiscencia de las afinidades que tenía con el grupo que trasmontó la cordillera por la Ceja o por Aipe, se encuentran igualmente en el sur del Departamento del Tolima.

De modo que estos grupos, que tenían un origen común, que pertenecían a una misma raza y con una misma base de cultura, pero más o menos modificados y diferenciados por una separación, quizás de siglos, y por las visicitudes de una penosa y larga emigración, al ocupar las altiplanicies de Bogotá y de Tunja, después de sojuzgar a los primitivos habitantes y de fundirse en parte con ellos, formaron lo que después vino a ser la nación chibcha. Así se explica la disgregación política que ofrecía ese pueblo, como también las diferencias y semejanzas que existen entre sus diferentes grupos, las cuales subsisten en parte, y son hoy todavía palpables entre las poblaciones de Cundinamarca y de Boyacá. Esos grupos que por diferentes partes llegaron del oriente y ocuparon las altas mesas de la Cordillera Oriental, fueron los primitivos civilizadores de estas regiones; ellos están representados en el misterioso Bochica y su influencia bienhechora se extendió hacia el norte hasta donde llegaban las tribus afines de las que encontraron en los territorios que habían ocupado.

La nación chibcha estaba en vía de formación cuando la conquista española vina a sorprenderla y a cortarle su desarrallo, de una manera tan violenta como definitiva; pero aun sin esta circunstancia, estaba destinada a desaparecer pues cuando los españoles llegaron al territorio que ocupaba ya estaba amenazada de muerte por las invasiones de los caribes.

Los restos de este interesante pueblo constituyen la base demográfica de la parte central de la República de Colombia, o sea de los actuales Departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander.

WÁSHINGTON: IMPRENTA DEL GOBIERNO: 1917